

Pablo de la Torriente Brau



Recuerdos de la
próxima Olimpiada

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Pablo de la Torriente Brau



**Recuerdos de la
próxima Olimpiada**

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2002

Del autor

Pablo de la Torriente Brau (San Juan, Puerto Rico, 1901, Majadahonda, España, 1936). Se dio a conocer como narrador en 1930, cuando publicó, junto con Gonzalo Mazas Garbayo, su libro de cuentos *Batey*, que tuvo una gran aceptación por parte de la crítica. Destacado narrador y periodista, fue uno de los iniciadores de la ficción vanguardista en Cuba y precursor del género testimonio tal como hoy lo concebimos. De ello dan fe obras como *La isla de los 500 asesinatos* y, sobre todo, *Presidio Modelo*, publicada tres décadas después de su muerte. Su labor como cronista deportivo, original y única por su estilo, se reflejó fundamentalmente en revistas y periódicos cubanos, y de ello son una muestra relevante los incluidos en este volumen. Destacado luchador revolucionario, se vio obligado a expatriarse por sus actividades políticas y revolucionarias. Al abandonar su exilio en Nueva York en 1936, para ir a enrolarse en la Guerra Civil Española, primero como periodista y muy poco después como combatiente, interrumpió la escritura de su conocida novela *Aventuras del Soldado Desconocido cubano*.

EDICIÓN: Olga Marta Pérez
DISEÑO: Jorge Chinique Moreno
EMPLANE: Beatriz Pérez

© Sobre la presente edición,
Ediciones *La Memoria*, 2002

ISBN 959-7135-14-0

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Tels. 66 6586 / 861 6251
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu
vcasaus@cubarte.cult.cu
Sitio web: <http://www.centropablo.cult.cu>

El deporte en Cuba es una de las más grandes obras de la Revolución. Antes de 1959 el movimiento deportivo era inexistente, con la excepción de la gloria alcanzada por unas pocas individualidades, que se destacaron sólo a costa de grandes sacrificios y esfuerzos.

Fidel, en aquel victorioso enero del año 1959 dijo: «La actividad del deporte es necesaria para el país.» (29/1/59) Fue él quien creó el INDER y el que con su personal empeño y atención concibió el deporte masivo como medio de salud, de recreación, de educación; como una vía para la formación integral y para aumentar la calidad de vida de los cubanos. Como resultado de este deporte masivo, se obtuvo un pujante movimiento que propició el deporte de alto rendimiento que hoy tenemos y que ha dado glorias y medallas internacionales al pueblo cubano.

Las estadísticas de los resultados alcanzados en competencias multideportivas, como son los Juegos Centroamericanos y del Caribe, Panamericanos y Olímpicos, así como los Campeonatos Mundiales y Regionales, demuestran que Cuba, en el caso de las Olimpiadas, en un solo año, ha logrado más medallas olímpicas que en los 59 años anteriores al triunfo revolucionario.

Cuba es hoy un país donde el deporte, que forma parte de los planes de estudio desde el círculo infantil hasta la enseñanza universitaria, puede ser practicado por toda la sociedad, incluyendo a los discapacitados que nos han representado, con magníficos resultados, en los Juegos Paralímpicos.

El deporte es un elemento importante para nuestra vida nacional, como sana recreación para el que lo practica y también para el que lo disfruta como espectáculo.

Nos complace presentar este libro, *Recuerdos de la próxima Olimpiada*, preparado por un colectivo del Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, que compila importantes textos periodísticos, algunos rescatados de la prensa de la época y casi inéditos, de gran valor, pues se trata de la obra de ese excelso compatriota, revolucionario, internacionalista, escritor, amante del deporte, que hace ya más de 70 años, con su ejemplo y su talento, contribuyó a encender inquietudes que la Revolución convirtió en realidades.

La Habana, abril 30, 2002

Presidente Comité Olímpico Cubano

Pablo:

Me acuerdo, ahora, de tu discusión con Ramiro Valdés Daussá, en Nueva York, sobre tu condición de periodista deportivo. ¡Dios, cuánta bulla...! Él te admiraba, como hombre y como escritor, y sólo quería provocarte. Ramiro conocía de sobra tu capacidad para reflejar e interpretar la vida —para ambos era un combate—; y las lides del músculo no estaban en el olvido. Eras atleta de calidad, sobre todo en el fútbol rugby. Escribías, pues, desde el deporte con la hondura, la originalidad y el coraje que te acompañaban al hacer y en las cuartillas. Y esa importante diferencia entre del y desde la entendía muy bien tu amigo, medallista de plata en los Juegos Centroamericanos, La Habana 1930, al integrar el equipo de baloncesto ocupante del segundo lugar, con 5 y 2, y además practicaba clavado.

Todo eso y mucho más viene a mi mente al disfrutar de este libro, Recuerdos de la próxima Olimpiada, título que junta dos de tus grandes amores y reúne una selección de escritos deportivos tuyos que, ¡compay!, van mucho más allá. Porque ahí está la cuestión: nunca fuiste uno de esos superespecialistas, tipos tan pedantes con anteojeras para lo que no es suyo. Horizontes limitados y espíritus más limitados todavía. Cada trinchera te pertenece y le llegas con el alma, para ponderarla o para atacarla, con esa potencia tan singular en contra de lo mal hecho y a favor de lo correcto, pase lo que pase. O, simplemente, retozas con alguna situación que casi siempre rodeas de ensueño. Arriesgar el pellejo por la verdad al bregar y al escribir, eso lo realizaste muy bien. Y eras especialista en la crónica, el reportaje, la entrevista, el comentario, al vivir la noticia, sentirla, profundizarla... Con una visión y, antes, un quehacer olímpicos.

Un mundo a cronicazos

Por cierto, sobresalen esos cinco cronicazos acerca de la máxima contienda rescatada por Pierre de Coubertin del desván de la humanidad. Muestras con creces el poder de tu fantasía, de tu creatividad, de tu humor, a partir del conocimiento: alimentas la realidad con sueños y deseos con una naturalidad tremenda. Sólo tú podías adelantarte tanto y ser el padre de «Recuerdos de la próxima Olimpiada». Aquí por ejemplo, en el envío del peso, precisamente, en un pie de foto, mencionas al norteamericano Herman Brix como uno de los competidores y, en el texto, das como triunfador a un alemán. En la realidad, Brix no se batió en la cita angelina. Había actuado en los IX Juegos, Amsterdam 1928, y cuando se sentía campeón por su disparo de 15,75 metros, su coterráneo, John Kuck, con 15,87, quebró la marca olímpica y mundial y lo lanzó al segundo peldaño. El subcampeón se convertiría en actor cinematográfico bajo el nombre de Bruce Bennet. El as de la modalidad en Los Ángeles 1932, nació en Estados Unidos: Louis Sexton y lanzó un balazo de 16 metros. En Berlín 1936 sí fue un alemán el victorioso: Woelke, quien llegó a 16,20 metros.

Encanta el «reporte» del torneo con obstáculos, en el que «...el disparo sonó de nuevo, iniciando los atletas una carrera desesperada que parecía una fuga a juzgar por las caras descompuestas y casi despavoridas que ponían». Y mencionas a Lord Brughley, gran señor de los 400 metros con vallas en Amsterdam 1928 al cronometrar 53:4; y a Anderson, plata en los 110 metros en ese mismo certamen con igual tiempo que el ganador, el sudafricano Atkinson: 14:8; y al pobre Weightman-Smith, compatriota del vencedor: después de destrozar la marca del orbe en las semifinales con 14:6, se hundió en los segundos de la verdad al quinto escalón

con 14:9. En la lid del año 1932, oro para Saling, de Estados Unidos, en los 110 metros, al parar los relojes en 14:6, y para Tisdall, de Eire, en los 400 metros con vallas, por sus 51:8. Burghley entró en quinto lugar.

Lo del salto largo es demasiado... sabroso. Cual un demiurgo impones la justicia que no es eterna vencedora en la dura existencia. Caramba, por sus sueños puede conocerse al ser humano... Y «tu resultado» en Los Ángeles es la respuesta de tu corazón a lo sucedido en las competencias escenificadas en Holanda. Allí, el estadounidense Edward Hann se impuso al lograr 7,73 metros, seguido del haitiano Silvio Cator, que clavó los pinchos a 7,58. En tu crónica haces ganar a este antillano negro, uno de los más extraordinarios deportistas de su patria; incluso fue recordista mundial, golpeado como cualquiera sabe por mil vicisitudes; y ubicas en segundo al representante de una nación desarrollada que debe el avance, en gran medida, a las desgracias de los demás. En los X Juegos, la alegría mayor la obtuvo el norteamericano Gordon al conseguir 7,64 metros.

Y si nos acusan de ligar la política con el deporte, respondemos con lo que expresaste en vísperas del viaje hacia la guerra de España contra el fascismo:

Para distraer un poco la imaginación, leo las noticias de las Olimpiadas de Berlín. Pero todo está lleno de revolución hoy en el mundo. Los desprecios de Hitler a los atletas norteamericanos triunfadores sólo por ser negros, son elocuentes. ¡Lástima que en ese equipo no haya habido un solo atleta capaz de asumir una actitud digna y noble! Cada vez pienso más que el atleta es el animal inferior de la escala humana.

...Y los negros de Abisinia siguen peleando. ¡Esos sí son atletas famosos!

Verdad y belleza

José Martí señaló en el primer número de Patria: «La verdad llega más pronto donde va cuando se la dice bellamente, y no se ha de encoger ni de reservar la verdad útil.» Aprendiste a leer en La Edad de Oro y en tu pecho y tus acciones residía el Apóstol: comprendías muy bien sus pensamientos. Lo conocías y lo aplicaste: la ética llega mejor por la ruta de la estética. Estas páginas no son una excepción.

Veías en la cultura física un arma para forjar a un ser humano mejor en cuerpo y mente. Y te dolía la separación de la bondad y la fortaleza. Fustigaste a los que se apartaban del mundanal ruido para dedicarse solamente a batallar en la pista, el campo, el gimnasio, los estadios... El comentario «Deporte y revolución» es clara muestra de esa ofensiva contra el deporte por el deporte, tan fatídico y equivocado como el arte por el arte. Cada palabra que escribiste te hirió, pero se necesitaba un artículo así. En «Las Olimpiadas Centroamericanas» vuelves a la carga contra ese tipo de contendiente, cuando te refieres a Bedford.

Sin embargo, en la reina de la velocidad, un negro (Torriente) y un blanco (Alfonso) «...cubanos ambos, y vencedores los dos de Bedford, la tremenda amenaza de Panamá...» El istmeño conquistaría los 200 (22:2) y los 400 metros planos (49:6).

Hay escenas cinematográficas, poéticas, noveladas, en fin, hermosas, como no las logró ningún especialista del sector en tu época. Tampoco es fácil encontrarlas en la actualidad. Canto por el fondista mexicano Jardines, perseguido él por sus fantasmas, astro en 5 000 y 10 000 lisos con 16:28 y 35:21:6; por Suárez, El Espiritista, que pide en la oficina un chance para una diligencia y, casi sin calentar, vence en la disputa de los 400 con obstáculos, «...en la que el último le parece siempre al corredor más alto que el Sevilla Biltmore...»; por el cuarteto de relevo corto del patio: Torriente, Conrado, Seino y Alfonsito, los cuatro jinetes de la victoria, como los denominaste.

No escapan a tus redes, el Aeroplano Suárez; el martillista Troadio Hernández, que debió conformarse con el sitial plateado pese a ser el favorito, al ceder ante la furia del azteca Robledo: una cosa es el papel...; Darío Man 0'War; los bailarines sin gracia del baloncesto: si vieras cómo se danza actualmente sobre el tabloncillo... Tampoco gustas del voleibol, «...un deporte para señoritas gordas, ganado otra vez por muchachos flacos...». Cómo gozarías hoy

con el dinamismo de esta disciplina, en especial, con nuestras fabulosas Morenas del Caribe. Desde el trampolín, lanzan estatuas que embellecen el aire; y están los nadadores, que despiertan admiración entre los peces; y los tiradores, discóbolos, jabalinistas, saltadores, peloteros, el mundo a patadas de los futbolistas... Trato distinguido para el as de ases: Ramón Fonts Segundo. Para mí, el mejor deportista cubano del siglo XX, empatado con Javier Sotomayor. Hasta los tres héroes grandes de tu adolescencia reconocen la superioridad de este cuarentón poseedor aún de destellos de su etapa más brillante, cuando, con solo 16 años de edad, se convirtió en el primer campeón olímpico de América Latina con rotunda victoria en la espada de los Segundos Juegos, París 1900, y aumentó la proeza en San Luis 1904: tres doradas más. Sigue siendo el latinoamericano que más premios de oro posee del trascendental concurso. En el combate del subcontinente se repite: «Resultado: Vencedor, Fonts, de Cuba, cinco por cero.»

El Asno con Garras se mantenía en la poltrona presidencial a sangre y fuego. Y usaba la justa para tapar tanto fuego y tanta sangre. En los «Segundos Centroamericanos, La Habana 1930», artículo premiado en el Concurso Nacional de Historia del Deporte en 1979, manifesté: «El desgobierno cubano utilizó la lid como cortina de humo, droga para tratar de ocultar la explotación, el desempleo, la discriminación, el crimen, la patria entregada a los yanquis. El deporte como diversión, mas diversión vista cual operación militar que tiene por objeto alejar al enemigo de un punto.»

Varios meses después de los Segundos Centroamericanos, para ser exactos el 30 de septiembre, el joven estudiante de Derecho Rafael Trejo, remero y nadador, daría su vida en una tángana contra la tiranía. Bueno, qué cuentos te voy a hacer de eso, si fuiste herido de gravedad en ella. Y cuando la llevaste al papel, el corazón y la ira junto a ti, creaste clásicos del panfleto, del comentario y de la crónica en Cuba y dondequiera: «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930», «¡Arriba muchachos!», «Las mujeres contra Machado» y «La última sonrisa de Rafael Trejo».

Aprovechaste muy bien la oportunidad para defender la tierra boricua donde naciste. «¿Por qué estos muchachos trajeron la bandera americana tan poco necesitada de glorias deportivas? ¿Por qué no traer a Cuba, ya que no fue el gobierno de la isla sino un grupo privado quien los enviaba, según las mejores noticias, la bandera borinqueña, tan parecida a la nuestra?»

Arremetes contra una mancha terrible: el racismo en acción. Hoteles e, incluso, instalaciones deportivas como el Vedado Tennis Club, «...le negaron al negro su derecho a ser igual». En tu ensoñador recordatorio olímpico retornas al tema con mayor profundidad: «Después vino el viaje por los ferrocarriles americanos, en los que los hombres negros no pueden ir junto con los hombres blancos, tanto por prejuicio de razas, como por odio hacia el individuo que ya no puede ser explotado por lo menos de manera legal.»

¡Rubén...!

Martínez Villena ejerció una decisiva influencia sobre ti. «He conocido a un hombre», dijiste cuando intimaste con él. Y te quejaste de tantos tipos musculosos sin valor, firmeza y patriotismo. Lo que sobraba en el poeta nacido en Alquízar.

Jugaron pelota a la mano, de pareja, en la azotea de la oficina de Fernando Ortiz, e intercambiaron criterios y pasiones alrededor del ámbito del músculo. A su muerte, en encendida crónica, expusiste:

Cuando lo conocí vibraba en mí la juventud con toda su fuerza y la emoción deportiva era mi supremo norte. Pues, Rubén, que ya había tenido su primera experiencia política, apenas hablaba conmigo de otra cosa que de récords, averages y hazañas olímpicas; después cuando supo por pura casualidad, que yo estaba escribiendo algo, se encargó de publicar mi primer trabajo...

Lo sabías vivo porque «...Lo ve uno hoy tendido entre los atributos rojos del Partido Comunista y se hace firme y decisiva la sospecha de que alienta [...] Era de los hombres que se transmiten, que legan, generosos, lo mejor de sí, a millares de hombres, de los que realizan con ellos el verdadero milagro de ser inmortales...»

Tras de las rejas

Ni preso por tus ideales rojos, y la labor por ellos en la primera fila, soslayaste la cultura del cerebro y del cuerpo. Hay suficientes pruebas en cartas y otros papeles y en lo que han expresado diversos testigos. Desde el mal llamado Presidio Modelo envías una misiva a Federico Morales, el 5 de mayo de 1932: «...para Juan Luis cuando lo veas en el Club [...] dile que ahora, como estamos en distintos patios, nosotros tenemos baloncesto y tenis, pero no voleibol, y que queremos, si encuentra en el club alguna red vieja y alguna pelota, que nos la mande.»

En la del 9 de febrero de 1933 le informas: «Mañana tenemos aquí un suceso sensacional: comenzaremos a jugar al beisbol en los terrenos del Presidio [...] Ya te puedes imaginar cómo lucirán mis tremendas barbas debajo de una gorrita de pelotero.» Más adelante, el 19 de febrero del mismo año, le comunicas:

Te estás perdiendo los «tiempos de oro» de la prisión. [...] Imagínate vestido de pelotero, con una melena que no cabe dentro de ninguna gorra, y una barba de casi veinte meses, que cuando corro ondea al viento como un gallardete negro de un buque pirata. Es monstruoso el espectáculo. Eso sin contar con la calidad del beisbol que jugamos, solamente comparable al de las grandes ligas. El otro día dimos un «reñido» desafío de cinco innings de 15 por 8 o cosa así. Bien, la cosa es como para embullarse y dejarse prender.

Creatividad, imaginación

José Antonio Portuondo ha significado: «Pablo era un periodista militante, es decir, era un hombre que desde su posición intelectual se había comprometido ya con una clase en lucha.» No era

...simplemente un informador, un señor que recogía información de las cosas que pasaban y las contaba después con mayor o menor objetividad, no; este tipo de periodista no lo fue jamás Pablo de la Torriente Brau... De aquí que sus artículos no sean nunca, repito, la fría descripción de un periodista que se limita a ser un mero ojo de cámara, y sean en cambio los artículos de un militante, de un hombre comprometido con una de las partes en lucha.

Las contiendas del músculo no quedaban fuera de esa posición.

Mas no basta con ser honesto, objetivo, y defender verdades. Hay que saber hacerlo, hay que tener fortaleza, don, habilidad. Como señaló Juan Marinello de ti, ser «...un escritor natural de mucha sabiduría. Es distinto, y llega a todos. Transmite lo que ve sin artificio ni revoque, pero siempre con acento propio y de modo nuevo». Por eso «...lo que en otros periodistas que acudieron a España por los mismos días es asombro estremecedor, se toca en Pablo como una comprobación familiar nacida de muy adentro».

Fácil no es, al menos, hay que luchar por acercarse a los que encabezan el recorrido, sea en el pasado o en el presente. Sí, las cosas están afuera, pero la voz debe venir desde adentro, luego de pasar lo observado y lo vivido por el tamiz de la subjetividad propia: caben la intuición y los anhelos; vale testimoniar los deseos y la esperanza. Mas hay que cultivarse: en un terreno fértil, sin cuidado, sin agua, sin los elementos necesarios, se cosecharán frutos

raquíticos. Aun la ternura debe ser fortificada. En cualquier persona, claro, y es inexcusable para un escritor de lo cotidiano...

A fines del 2000, en el II Festival Nacional de la Prensa Escrita, quedó esclarecido que entre las debilidades de nuestro periodismo están la falta de creatividad y la carencia de imaginación. Males subsistentes por flaquezas en la preparación, pocas lecturas, acomodamiento y hasta conservadurismo. Ciñámonos a lo deportivo. Por ejemplo, cuando Ana Fidelia, después de la «resurrección», ocupó planos cimeros, los enviados especiales no pudieron rasgar la cáscara de la noticia. Y nos quedamos esperando que viniera desde allá una buena crónica. No se trata de la imaginación por la imaginación, sin que ello sea pecado, es la utilización de la fantasía, de los sueños, para hacernos más comprensible la propia vida, para reflejar e interpretar la existencia con fuerza mayor.

A veces, es cierto, se le ha temido —y aun excomulgado— al uso de la imaginación y de recursos literarios en el periodismo. Hay quien ha llegado a decir: «¿Por qué enredar las cosas? La gente no va a entender», confundiendo su incapacidad, de alma y de cerebro, con el nivel del pueblo, cada vez más adelantado y al que jamás hay que bajar: debe ascenderse y con él ascender... El excelente encuentro entre Martí y Marx, debido al ingenio de Félix Guerra y Froilán Escobar, en su libro testimonial sobre los Cinco Picos, fue criticado duro por algunos que veían falta de respeto en esa creación. Los antimaginativos y los antiliterarios, abrazados a la gacetilla, se hubieran opuesto a las remembranzas de Pablo de unos Juegos Olímpicos que aún no se habían realizado. Muchos trabajos de Martí, entonces, no deberían haberse publicado. Escuchen al Apóstol:

Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos. [...] La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que ésta en vano sin su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo.

¿Comprenderán la historia siguiente esos anti...?

Cansancio terrible. Somos los Cagatrillos. Vencimos el Pico Turquino por quinta vez. Somos de la Asociación de Jóvenes Rebeldes. La fatiga no pudo noquearnos. Nuestras filas: niños, adolescentes y jóvenes que dan brillo a los zapatos por algunas monedas, vendedores de periódicos, voceadores de cualquier cosa para ir tirando... No teníamos porvenir. Ahora es de color verde olivo. Y con estas subidas nos lo ganamos. Estudio, becas, vaya usted a saber. Y el hombre que ha dirigido y dirige lo que ha hecho posible todo esto se acerca. «¡Fidel, Fidel, Fidel...!» El Comandante nos felicita y dice que entre nosotros hay futuros médicos, maestros, ingenieros, escritores, cosmonautas... Creo que apretó: entre nosotros los ripiera, gente de orilla, ¡hasta cosmonautas! Pero si él lo dice, vamos a ver; son sueños bonitos, ojalá se den... Y aquel mulatito cinco picos que limpiaba botas en Guantánamo, piensa igualito que yo. Se lo leo en la mirada. Se llama Arnaldo Tamayo Méndez...

Humor, juventud y victoria

Muchos al hablar de tu actividad intelectual llegaban a lo atlético y a lo humorístico de alguna manera. Dice Marinello:

Este muchacho de tan desaforada jocundia fue una de las mentes más afinadas y selectas que se hayan producido en tierra cubana. Su entendimiento de la creación artística era tal que muchas veces

hacían pensar en una feliz anormalidad. ¿En qué tiempo había absorbido aquel deportista apresurado los elementos indispensables para sus juicios?

De Portuondo es lo que sigue: «Pablo trajo un aliento fresco a las narraciones cubanas de su tiempo, un aliento especialmente deportivo y algo que ha faltado casi siempre a la literatura de lengua española: sentido del humor.»

Y ya tú ves, dejé para último y se relaciona con esto, tu cuento de tiempos juveniles. Futbolístico, de amor. Humor que anda de manos de cierta tristeza. Crecida si se lee de viejo, como vaticinas. Fue imposible para ti: te quedaste eterno joven, eterno héroe, sembrado en Majadahonda: por la República y la humanidad, habías cambiado las imágenes y las opiniones de tus cuartillas por el lenguaje del fusil, comisario político de una unidad militar del pueblo español en su enfrentamiento al fascismo.

No te pongas bravo. Demasiada solemnidad y demasiadas frases laudatorias, ya lo sé. Bueno, en el cuento eres titán, pero en el rugby: batido como un toro en la defensa para que los delanteros se lleven los aplausos con la anotación. Se siente hasta el olor del linimento que te pusieron en el cuello: por poco te lo parten en cuatro y tú dispuesto a dejarte matar con tal de que los Tigres les sacarán el encuentro del refrigerador a los rivales. Y se siente el beso de la muchacha conquistada por fin, y todo ese ambiente tremendo de aficionados, fanáticos, entrenadores, deportistas y hasta «llevacubos». Pero lo más impactante para mí es tu atención generosa a los muchachos del banco: tantas ilusiones y tanta fe sentadas allí, queriendo que el equipo gane, pero queriendo también poder entrar por alguien y gozar, pelear, llenarse de gloria o, al menos, de ese aroma inigualable que ofrecen las competiciones, ocurran en el barrio o en los Juegos Olímpicos. Nadie ha tratado como tú a las reservas de un conjunto que, en el deporte moderno, son decisivas en infinidad de ocasiones: y, por descuidarlas, se les han ido juegos y cetros hasta a seleccionados de alta calidad.

Aunque veo que eres incorregible. Salen los jóvenes libres, tú entre ellos, después de una larga jornada a la sombra... En tus 105 días presos te emocionas y emocionas y, en la crónica final, aseguras que tus compañeros «...tienen la sangre joven y generosa; para ellos esto de estar al lado de lo justo, y de exigirlo e imponerlo, es tan agradable como si fuera un juego de fútbol duro y violento, en el que al cabo, vencerá el que tenga más aire...»

Tus compatriotas hemos seguido en este fútbol tan conocido por ti, con unidad, dirección y triunfos impresionantes y, a pesar de la violencia y la vileza enemigas, Pablo, no nos faltará jamás el aire.

VÍCTOR JOAQUÍN ORTEGA IZQUIERDO
Septiembre de 2001

<i>Blancas</i>	<i>Negras</i>
.....
.....
.....
43 T2CR +	R2TR
44 C2D	D6TR (!)
45 ¿	

Cuando el campeón Alexander Aleckine, tras larga y elocuente meditación, dio su jugada D6TR, se irguió descuidadamente. Era su cara la de un hombre profundamente replegado dentro de sí. Pero tenía ese aire resuelto del que sabe que «tiene que seguir haciendo bien una cosa bien comenzada». Respiró con pulmón ancho, como si no lo hubiera hecho desde una hora atrás, y esto me hizo volver a la realidad; mejor, me hizo descender al plano natural. Tenía que contestar a su jugada y miré el reloj que nos miraba. ¡Más de una hora para una jugada! Era esto algo corriente para mí, que acostumbrado a jugar a una velocidad rarísima entre los maestros de torneo, ello me permitía acumular tiempo abundante para cuando llegaran las situaciones comprometidas.

Aleckine rodó hacia atrás su silla, y sin dejar de mirar al tablero, como si estuviera hipnotizado, se levantó y estuvo un rato contemplando el campo de batalla y las fuerzas desplegadas caprichosamente... Luego, como si hubiera recibido un aviso de mujer, se fue de prisa para el jardín del hotel.

Un grupo de aficionados soñolientos quedaba en el salón. También el juez del campeonato. Y también el comentarista de *The Times*, que me miró desolado un momento... En realidad yo estaba solo... Entonces volví los ojos a la partida y pensé, mientras miraba el *score*.

Ante todo tuve que reconocer que el campeón había realizado una labor insuperable. Su juego había sido macizo, monolítico, incontrastable y todo él dirigido a un solo objetivo: entablar la partida. Era una obra maestra de su estilo, que él se complacía en llamar «de línea recta». Y ante este juego suyo que semejaba una catedral, yo me había limitado a saltar de campanario en campanario, como una golondrina que ha perdido el rumbo... Y así había sido en realidad. De unas jugadas brillantísimas había pasado a otras tan inútiles que el mismo profesor Aleckine, pese a su estilo y al pleno conocimiento del mío en que se encontraba, dudó largamente antes de responder a ellas, pensando con recelo en la partida «inmortal» de Anderssen...

Como la situación era en realidad, si no peligrosa, al menos por el momento, sí oscura, hice entonces lo de siempre en tales casos; lo que hacía estremecer a mis adversarios y regocijaba a mis amigos instantáneamente: apoyé los codos en la mesa, hundí los dedos entre la libertina revolución de mis cabellos y me puse a pensar... (¡a soñar!...).

Nadie estaba enterado de esto, y así, cuando leía en las revistas y en los periódicos crónicas sobre mí, al ver tan repetida la palabra genio, una sonrisa burlona era mi agradecimiento... ¡Y que eran los propios maestros, mis rivales, quienes se habían encargado de aumentarme de esa manera! Llegaron a tenerle un miedo físico a mis largas actitudes pensativas, y cuando la cortesía lo toleraba me dejaban solo, como quien rehúye la compañía de un hombre peligroso... Después se encontraban, por lo general, con que yo volvía a jugar a la velocidad exasperadora

de los comienzos, y de ahí salió la fama, inmerecida y fantástica, de que yo me encerraba en mis silencios sólo para planear de golpe doce o catorce jugadas...

Pero acaso al lector le interese conocer algo de la vida del que, frente a frente a Aleckine, trataba de arrebatarse a este el Campeonato del Mundo, que hacía dos años le había ganado a su paisano Capablanca, allá en Buenos Aires.

Ya, desgraciadamente, están un poco lejanos los días en que, montando al pelo sobre Tomeguín, oteaba desde lo alto de las lomas los caminos que rodeaban a mi pueblo. A mi pueblo, allá en un rincón de Oriente, cerca del cual se hizo sentir más de una vez el machete tremendo del tremendo Guiller món Moncada; cerca de donde murió, como un soberbio león viejo que no quiere dejar su guarida, José Maceo, el indomable hermano; cerca también de uno de los campamentos en donde, rodeado de mambises hambrientos y dichosos de tenerlo con ellos, echó a ondear al aire, igual que una bandera, su palabra maravillosa José Martí, el que cayó poco después en Dos Ríos penetrado tan perfectamente por una bala en mitad de la infinita frente pensativa, que pareció que de veras había muerto fulminado por un rayo del Sol frente al que había pedido morir el más sublime de los americanos... Cerca de tanto recuerdo glorioso nací, que ya no me da pena confesar que mi pueblo está muy lejos de la más próxima estación del tren, para llegar hasta la cual, y si no llueve mucho, usted tiene que arrear al caballo si quiere estar allá antes de que se acabe el día.

Mi padre, un recio montuno oriental de manos color de tierra, voz alta, hacienda escasa y honradez fuera de moda, empeñado como todos los campesinos cubanos en alejar a los hijos del calor de la tierra generosa, decidió demasiado temprano que yo dejase la amistad fraterna de Tomeguín, mi potro veloz de los negros ojos jóvenes, de la nariz humeante y dilatada, el de los duros cascos resonantes; que dejara también mi baño a gritos en el río, bajo el sol alegre, entre los árboles verdes; mi trepar fatigoso con Pirolo por las montañas, para desde lo alto ver a lo lejos el horizonte... el mar azul inmenso... Toda esta maravilla de vida inolvidable tuve yo que abandonarla para empezar a subir el calvario de la sabiduría...

Pero mi padre se había equivocado con mi inteligencia. Para ser inteligente es necesaria cierta práctica, un don de equilibrio mental parecido al de los caminadores de cuerda floja en los circos, amarrar la imaginación a la pata de la mesa de comer, y hasta tener, ¡cómo no!, cierta proclividad al pancismo... Y yo era nada más que un temperamento filosófico-imaginativo, un espíritu libre, aunque asustado, que pronto descubrió esto: más fácil, cómodo y verdadero que indigestarse con las cosas del mundo de los otros es crear un mundo propio, real y vivo.

Por otra parte, la falta de un estímulo simpático en aquel viejo Instituto, con la estupidez de tanto versito; de tanto «¿quién ganó la batalla del Gránico?»; de tanta vidriera llena de viejos aparatos de física, y de tanto catedrático mohoso incapaz para echarlos a andar, hubiera impedido todo intento formal de disciplinar una inteligencia un poco precoz y descarriada... Pero de todas maneras, el río llega al mar, y pese al muro de piedra de la montaña que no se mueve, le da la vuelta o se le escapa por las duras entrañas negras...

Así, en vez de entrar en la clase de Geometría, empecé a aprender el ajedrez ante el asombro creciente de mis condiscípulos y la admiración de los catedráticos, que pronto, como si yo fuera un atleta de esos que nunca estudian y que al cabo tienen un título de doctor y dieciséis medallas de oro, empezaron a aprobarme en todas las asignaturas mediante unas cuantas preguntas sobre Lasker y Capablanca...

Bien, ya el lector me conoce y me parece que puedo suprimir en su obsequio multitud de detalles de escasa importancia, relativos todos a mi ascenso rápido y continuo desde mis primeras victorias del Instituto hasta este *match* por el Campeonato del Mundo, en los salones del Rudolph, en el inmenso Nueva York.

El *score* marcaba cinco victorias más, cinco el campeón Aleckine y nueve tablas. Esta que estábamos jugando era la última partida del *match* concertado, y dándome alientos para ella yo

había recibido un centenar de cables que gritaban: ¡Victoria!, casi todos de cubanos, pero sin olvidar el hecho significativo de que había más de diez precedentes de Rusia, de la tierra de los soviets. Esto sólo se explica por el hecho de conocerse mi simpatía por la causa comunista, y también por ser el ruso Aleckine un partidario del antiguo régimen ominoso de los zares.

La situación realmente era muy seria. Se trataba del Campeonato del Mundo, pendiente del error de una jugada o del éxito maravilloso de un movimiento engranado científicamente con firmes jugadas sucesivas.

Tenía más de una hora para meditar en el movimiento que más me convenía hacer y me puse a pensar profundamente. En la sala se estaba quieto un silencio que invitaba a dormir, a sentirse inmortal...

Mi mirada terminaba en mi rey. La suerte de él iba a depender de lo que se resolviera allá adentro, en donde empezaba mi mirada, en la fragua inverosímilmente silenciosa de mi cerebro ardiendo.

Este sentido de la responsabilidad ante el futuro, del que yo me llenaba cada vez que se me ofrecía una situación comprometida, inevitablemente ponía siempre a mi presencia el asombroso parecido que hay entre una partida de ajedrez y la vida del hombre sobre el tablero del mundo. Desde los primeros momentos, mi espíritu filosófico-imaginativo se sintió fascinado ante la evidencia del descubrimiento, y la fiebre mía por jugar no era otra cosa que el deseo de comprobar esta verdad. Yo me sentía Dios ante el tablero y me ponía a tramar la vida y la muerte de unos personajes que se llamaban el Rey, la Reina, las Torres, los Caballos, los Alfiles y los Peones. Así, en mi papel de Dios, fue como adquirí el sentido de la responsabilidad, y al darme cuenta, comparando la simplicidad del tablero de ajedrez al lado del tablero del mundo, y reconociendo mi impotencia para determinar desde la primera jugada el resultado de una partida, que, o el destino, que al cabo rige la vida de los hombres, es una fuerza más poderosa que el Creador (hipótesis a la que mi pobreza mental de humano me lanza), o este es un asombroso jugador de vidas que desde los comienzos del mundo sabe cuál va a ser el final del drama humano y la suerte reservada a cada protagonista y a cada partiquino...

Un día en que por un error extraordinario perdí una partida contra un contrario mediocre, mi orgullo herido me sirvió para comprobar la teoría. Realmente molesto por la derrota, en la soledad de mi cuarto rehice el juego, llegué hasta la jugada fatal y allí me detuve un rato. Me dije: «Si yo no juego A3R ¿qué puedo jugar? Pues puedo jugar A5CR+. Obligado por el jaque él contestaría C3AR, y en seis jugadas más vendría el mate. ¡Ah! Luego es posible determinar el momento en que una partida se pierde. Hay en ella una jugada que lo decide todo y a la cual se llega por movimientos en apariencia humildemente anónimos. Hay un momento en que el jugador, como el hombre en la vida, tiene ante su vista dos, tres... oportunidades y para el futuro todo depende de lo que haga en aquel momento. Pero la vida es más dura que el ajedrez. Un hombre escoge un camino entre dos, y, al final, si se encuentra ante la tumba del fracaso, la vida casi nunca le da tiempo para caminar por el otro... Además, ¡hay tantas bifurcaciones! En el ajedrez a lo menos queda *«el consuelo de seguir la existencia...»** y de volver a poner las fichas sobre el tablero con la esperanza de vengar la derrota...

«Por tanto, el ajedrez no es más que un lienzo para trazar vidas —me dije—, ¡y sabe Dios cuántos hombres se han hecho, sin saberlo, la propia biografía en el desarrollo de una partida desastrosa, o de un triunfo inesperado, o de un ansioso pensar, firme y valeroso!»

Aquella partida rehecha en la soledad de mi cuarto fue para mí en lo adelante una fuente inagotable de experiencia y de habilidad ajedrecística, y yo le aconsejo a todo el que quiera aprender ajedrez, a todo el que quiera gozar con el intenso perfume filosófico que hay en una hermosa partida de este juego maravilloso, que se dedique no a jugar, sino a analizar partidas, del principio al fin y, sobre todo, del fin al principio, como hacen los viejos, con dolorosa amargura, cuando reconstruyendo sus vidas, y recordando los errores irremediables de su juventud, lamentan: «¡Si yo no hubiera hecho aquello!...»

Aquella partida rehecha fue para mí un manantial de habilidad, pero también una dolorosa punzada de impotencia en mis briosos comienzos juveniles. Desde aquel día perdí la fe en la omnipotencia de la visión total de mi genio. Incapaz de penetrar el secreto, no me preocupaba ya de averiguar en gracia a qué encontraba yo con tanta frecuencia la solución acertada. Pero en lo adelante esta virtud se fue desvaneciendo, muy lentamente, es cierto, y con apariciones fulgurantes frecuentes también, para ir trocándose en una ciencia pura que alcanzaba la visión absoluta de unas cuantas jugadas.

Desde aquel día adquirí el presentimiento perfecto de que alguien me pasaba a mí de casilla a casilla, y que en algún momento ignorado por mí, e inevitable, me haría hacer un movimiento determinante de todo mi futuro. Desde entonces, la noción de que soy un pelele en el mundo me obsesiona, y, a veces, instintivamente, miro asustado hacia arriba esperando ver bajar la mano gigantesca que me maneja como hago yo con los peones pequeñitos de mi tablero de estudio...

Pues bien, como ya dije, mi mirada terminaba en mi rey, y de lo que se acordara en el laboratorio ardiendo de mi cerebro, donde comenzaba mi mirada, iba a depender su suerte.

Esto era todo lo que yo había pensado apoyándome en la ciega creencia que profeso del trabajo subterráneo de la mente.

Y como la situación era difícil, cierta emoción del contraste que siempre ha presidido mi vida se hizo cargo de mí. Bajo mi gesto grave y pensativo empezaron a deslizarse las cosas más absurdas de mis panoramas imaginarios, desde las extravagancias más cómicas hasta las ensoñaciones más poéticas, juntando recuerdos reales con construcciones fantásticas.

Así, por ejemplo, evocado tal vez por los telegramas rusos recibidos durante el día, surgió ante mi mente, sentado en la silla de Aleckine, el *condecito* Raúl, compañero mío del Instituto, cuyo padre, un rico almacenista, había dado \$30 000 por el título, motivo por el cual era legítimamente despreciado por la verdadera, por la pura, por la única nobleza americana, la que descende en línea directa casi toda ella de los indignos traficantes de infelices negros esclavos...

Pensando en estas cosas de los poderosos fue que sin duda me sentí en el teatro, en donde he tenido muchas de las más gratas liberaciones de mi imaginación.

Empecé a sentirme en el paraíso del viejo Payret mirando hacia abajo, hacia el faro brillante de una cabeza calva. Enseguida hice un cuento influenciado por una reciente lectura de *Fausto*. Un hombre sin pelo, desesperado porque una linda muchacha no lo quería a causa de esto, invoca al demonio y le ofrece su alma a cambio de una buena melena. Lucifer entonces lo lleva hasta lo alto del teatro y le dice que escoja la que quiera entre todas las de la sala. El calvito ve en el centro de la platea una hermosa cabellera bethoveniana y la señala con alegría ansiosa y muda. El diablo le recoge la firma, y ante el escándalo tumultuoso de la sala le arranca la melena a uno y se la pone al otro... ¡Era un bisoñé!... pero magnífico...

De pronto oigo una música maravillosa. Era uno de los conciertos aristocráticos de Pro Arte Musical y tocaba Orloff. Me fijé en él y sentado ante el piano parecía un dentista limpiándole la dentadura a un negro cubista... Empezó a tocar la *Gavota* de Gluck y yo le hice unos versos que decían así:

*Como cristalinas gotas,
milagrosas de luz,
danzando ya van las notas
de la Gavota
de Gluck.*

Le dije a un amigo que eran de Rubén Darío y le pareció que tenían realmente una música de gavota galante... Ahora ya no cree que aquello de «La Princesa está triste», etc., sea del divino Rubén... y a lo mejor tiene razón. ¡Tantos han hecho cosas parecidas!...

El sonido de cristal de Orloff me adormió y tuve la visión poética de una nota que salía del piano, transformada en perfume se esparcía por la sala, luego se fundía en mariposa policromada, y, finalmente trocada en rayo de luz empezaba a taladrar, despacio... despacio... el cielo azul, el espacio inmenso...

Pero ahora siento un escalofrío irritante, como si me picara una chinche. Toca Heifetz, el ovacionado como los boxeadores. Parece, de tan impecable, un maniquí con cuerda, y de tan frío e igual siempre, una «violínola», como dice un amigo mío, creo que el Polaco García. Hay una lluvia de pizzicatos, dobles y triples cuerdas, golpes de caja, armónicos y glissandos... Un clamor estremece la sala, lo aplauden, le gritan, le piden *La ronde des loutins...** *Los aires bohemios... Preludio y allegro...* Me indigno y le compongo una oda que empieza de esta manera vanguardista:

*¡Salve a ti, oh insigne maromero del violín,
Paganini sin alma!...*

* La ronda de los duendes.

El teatro, a la penumbra y al silencio, parece una asamblea de cadáveres que se tornan gesticulantes y aulladores a la hora del aplauso... Pero se han encendido las luces... Hay ahora otro espectáculo... Se celebra un concurso de homicultura... El escenario está lleno de personajes... Hay tantos niños desnudos, gordos, feos y deformes que parece que se han quedado sin angelotes todos los cuadros de Rafael y de Murillo... El señor que preside la fiesta nacional carga al niño premiado para darle un beso, como es costumbre de los que desean las falsas manifestaciones de simpatía, pero el chiquito, al verle los espejuelos se asusta y le orina irreverentemente la cara mientras el público aplaude a rabiar... Yo me indigno por la falta de respeto del público, pero un joven estudiante que tenía al lado me dice: «Compadre, no se ponga así. Usted no ve que el señor no ha hecho caso. Usted no ve que no le ha hecho mella el insulto...»

Una campanada del reloj me llama al orden. Han transcurrido diecisiete minutos y no encuentro todavía mi jugada... Me pongo a rehacer la partida desde cuatro jugadas atrás y llego hasta la última. Caballo dos dama... ¡Qué evocación más inoportuna! Todo mi problema vital, toda la honda indecisión de mi espíritu salió a flote. ¡Dos dama! La frase me hizo pasar, sin darme cuenta, del tablero a la vida, y revivir todo el tormento de mi tímida juventud amorosa.

El caballo, colocado en 2D tenía sus movimientos limitados por una pieza colocada en la línea de partida y por tanto sólo podía hacer tres saltos. Dos de ellos, llenos de audacia, podrían dar un destello brillante a la partida, darle sensación de batalla y conducir a la victoria o la derrota, según se presentasen las posiciones sucesivas. El otro movimiento, más prudente, acaso pudiera conducir, jugando con serenidad, y pese al magnífico desarrollo realizado por Aleckine, a unas tablas salvadoras...

Yo también estaba colocado en la vida como mi caballo del tablero... A un lado Helena Margarita, al otro lado Alba Leonor y al otro, el vivir la vida sin compañera, con frío, solo, pero sin responsabilidad, sin temor al fracaso amoroso. Por un lado el triunfo de la nada y por el otro la peligrosa experiencia del amor.

Helena Margarita, a pesar de su nombre, es trigueña; y a pesar de ser trigueña, no es una muchacha de temperamento ardiente y sensual. Negros sus ojos, tienen una mirada tranquila y serena. Parecen dos estanques en noche sin luna... Negra también su cabellera, le hace ondas suaves y brillantes, y toda ella parece nada más que un ser que está en este mundo sólo de pasada y como buscando un alma viva con que presentarse en la eternidad... Camina silenciosamente, sin gracia femenina, pero su voz es de un timbre grato, aunque un poco igual siempre. Me mira con un sentimiento parecido a la admiración, pero sin calor, y aunque yo

pienso que podría llegar a quererme mucho, tengo miedo de su frialdad, de no encontrar en mi hogar con ella ese calor de amante con que sueño en mis exuberancias juveniles...

Alba Leonor es rubia y transparente, y a pesar de ser rubia es una muchacha fogosa de una precisa ardorosa sensual. Su voz, de una musicalidad maravillosa, penetra mi ser y lo enardece... Echa hacia atrás la graciosa cabeza y su risa penetradora descubre las estalactitas impecables de sus dientes diminutos y blanquísimos... Sus ojos, color de un terciopelo que no existe, tienen un encanto de perversidad... Y toda ella es imperfecta y admirable, desde el ritmo elástico del paso hasta

la mano de nieve que tenía...

A ella le interesan las líneas firmes de mi rostro trigueño de bronce, mi alta estatura, la fortaleza flexible y ligera que me dieron el caballo y el río... pero yo tengo miedo de no encontrar con ella, en mi hogar, ese amor tranquilo y suave con que también sueño en mis horas de filósofo y poeta...

Con Helena Margarita me espera una vida desesperante, y con Alba Leonor, desesperada. Con la primera, al huir instintivamente de su frialdad, acabaría por parar en uno de esos hombres casados que se pasan la vida inventando escapadas nocturnas, justificables siempre por los amigos enfermos, los negocios y los velorios; con la segunda, al cansarme de sus empalagosas exigencias, me pasaría la vida viendo en cada salida suya un atentado a mi honor, y multiplicando en mi mente las tiendas que en La Habana poseen puertas a dos calles y los disimulos elegantes de los talleres de modistas...

Después de todo, yo vivo bastante bien mi joven soltería de hombre famoso. Acaso yo exageraba. Acaso yo no estaba tan enamorado cuando dudaba entre dos mujeres, cuando la razón era un obstáculo miedoso... Acaso algún día me llegará algo más perfecto... Esperaría. Mejor es no arriesgarse en la vida por caminos inexplorados cuando el que se sigue está limpio de obstáculos, aunque este camino no ofrezca un horizonte terminado, trascendente, lleno de una sola luz o de muchas, como el que a las tardes, allá en La Habana, se va apagando en el mar poco a poco...

¡Otra campanada! ¿Qué pasa en mi mente? ¡Caballo dos dama!... ¡Qué extraña coincidencia! Nunca me había ocurrido comprobar con tan vehemente exactitud mi idea entre el parecido de la vida con el ajedrez. Mientras yo jugaba mis piezas, alguien me rodaba a mí en un inimaginable tablero en el cual había dos damas sin que yo supiera aún cuál era la mía... Miré hacia arriba con un temor de niño, esperando como siempre ver la mano monstruosa y llena de poder y de sabiduría del Dios que sin duda jugaba con mi vida... Sólo había una luz invibrátil y un silencio impenetrable y hondo, como el camino del cielo...

¿Estaría yo solo en el mundo a merced de mis fuerzas?... ¡Si fuera así... si nadie jugara con mi vida!... Pero entonces un rayo de luz negra me anonadó para siempre. Al ver una hormiguita que pasó de la mesa a mi mano, me dije: «¿Qué pensará de mí esta hormiga a la que ahora le permito pasear por la llanura de la palma de mi mano? Sin duda pensará que está caminando por un pedazo del mundo inmenso y no podrá darse cuenta de que en este momento yo soy para ella el Dios que puede disponer de su vida... Soy para ella tan grande que no me puede calcular ni ver. ¿Acaso no pasará lo mismo entre Dios y yo?» —me dije—, iluminado de repente. Y envuelto ya en el sofisma orgulloso de la vana y pretendida semejanza con el Creador, pensé adolorido que yo no era más que un Dios limitado, en pequeño, que sólo podía ser el árbitro de una hormiga, de cien, de un millón, ahora, un momento... pero no de todas las hormigas ni en todos los momentos, al paso que el Gigante Constructor de los Mundos, lo es del astro lejano e inmenso y de la célula infinitamente pequeña que forma parte de mí y que piensa con vanidad que está incluida en un mundo ilimitado, como pienso yo del

que acaso sólo sea una partícula cósmica en la que no soy más que una célula insignificante y presuntuosa...

¿Pero, y si esto tampoco era verdad? ¿Si Dios podía equivocarse también y hacer conmigo una mala jugada?... Angustiado ya, con el tiempo cayendo, hice la jugada prudente, y tras una serie de movimientos metódicos y regulares, la partida acabó en unas tablas por jaque perpetuo...

.....
.....

Aleckine conservaba el Campeonato, y aunque yo había entablado el *match*, no era ello gloria alguna, porque, como le dije en una ocasión memorable el Gran Capitán a García de Paredes, «Por mejor me habían enviado»... Él jugó a tablas y lo consiguió; yo debí jugar a ganar o perder, y al cabo me conformé con hacerle el juego al Campeón. ¡Y casi quedo encantado de haberlo conseguido!

Así fue como terminó la máxima oportunidad de mi vida, en un jaque perpetuo.

Y en jaque perpetuo he pasado el resto de ella...

Helena Margarita se cansó de esperarme y Alba Leonor también se cansó.

La primera, casada con un hombre enriquecido en el vicio político, fue infeliz y murió enferma de tristeza, muy joven todavía; la segunda, menos paciente, se aburrió al lado del hombre desmedrado al que tal vez la riqueza la llevó y terminó multiplicando sus escándalos...

Yo, rehaciendo la partida entablada, encontré el momento en el que, si hubiera hecho otro movimiento, hubiese ganado el Campeonato del Mundo; y rehaciendo mi vida, mirándome ya viejo, doblado, con el reumatismo mordéndome las articulaciones como un perro, pienso que le hubiera podido dar a una un poco de espiritualidad y a la otra el amplio fuego de mi juventud, y haber sido con cualquiera un poco feliz... todo lo que se puede en el mundo...

.....
.....

¡Y qué malo es perder a fines de mes «todos» los cuarenticinco quilos que uno tiene, por meterse a jugar al dominó con el maldito barbero de la esquina de casa!... ¡Se pasa luego cada noche más disparatada y absurda!...

PERSONAJES:

Un *gridiron* de fútbol intercolegial.
El *eleven* invicto del Atlético.
Un grupo de graciosas muchachas normalistas.

Otro grupo, vivo, de simpatizadores del Club.
Muchas de las *reliquias* de los Tigres.

Un *touchdown*. Un *punto adicional*. ¡Los *joyas!* Y los *¡fuácatas!* Todas las frases posibles del Club. Los fanáticos de los *stands*. El trueno de los aplausos y el Tiempo, en el reloj del *timekeeper*.

* Este relato, incluido en *Batey* (1930), fue publicado con el título de *7 x 6* en la *Revista de La Habana*, año 1, no. 3, marzo, 1930, pp. 333-345. En él Pablo describe un juego de fútbol *rugby*, deporte que en su juventud practicó con pasión. Derivado del *rugby* inglés, es un deporte que se practica fundamentalmente en los Estados Unidos en los Colegios y Universidades. Consiste en adelantar un balón ovalado que debe estar en posesión de un jugador al pasar la línea de meta. Los avances parciales del balón se miden en yardas. Se caracteriza por contactos personales muy violentos y es altamente traumático. En Cuba se practicó de manera muy selectiva antes de 1959.
¹ *Nota*. Aquí no tiene que hacer nada ningún crítico con su opinión. No hace falta. Todo está escrito con un admirable sentido de la despreocupación en el estilo, como lo haría un muchacho del Club, donde «afortunadamente» no hay literatos. Y esto no es un cuento, sino varios pedazos de historia. He tratado de meter todos los personajes posibles. Si falta alguien del Atlético, hay que echarle también algo de la culpa al Loco Mañach. Si alguna formación está mala, la culpa es del Pollo. Y con respecto al *team* de la Universidad, Torriente *lamenta* no acordarse así, de pronto, de más muchachos, pero cree que citando a Guernica, que sabe dar la mano con sinceridad, lo mismo ganando que perdiendo, todos pueden sentirse honrosamente aludidos. No ha podido darle más vida en el juego al *eleven* de la Universidad, por desconocer su mecanismo interno; el hecho de que ganemos tan sensacionalmente no puede sorprender a los muchachos del uniforme rojo y blanco, porque más de una vez así sucedió de verdad. Y que sea dicho con todo el *sportmanship* de que es capaz un *tigre*. P.T.B.

ESCENARIO:

Un poco del amor de los jóvenes.

...«Formación A-55-42-43...» «¡Signos!...» «Formación A-84-42-63...» «¡Signos!...» «Caballeros, por su madre, cállense que nos van a penalizar!...» «Formación A-77-42-27-19...» ¡Prummmmm!... «¡Buena entrada, Mañach!...» «Atlético segundo *down*, seis yardas por ganar...» «¡Signo atrás, pronto!...» Y bajo la cúpula aritmética de diez espaldas fuertes, el *quarterback* escondió su voz con la fórmula de un *end run* peligroso... (Léase ahora bien bajito: «Elpidio en la línea, Mario con la bola...»)

Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl...
¡Joooyá... Joooyá... Joooyá!
¡Cachún! ¡Cachún!
¡Rah! ¡Rah!
¡Cachún! ¡Cachún!
¡Rah! ¡Rah!

¡Joooyá... Joooyá!
¡Atlético! ¡Atlético! ¡Atléticooooo!
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl...

«¡No, no valió!» «¡Caballeros, no se entusiasmen que el Chino estaba agarrando ancho!...»
¡Fuíí!... ¡Fuíí!... «¡Ladrón!...» «¡Bandolerooo!...» ¡Fuíí!... ¡Fuíí!... «¡Bandidooo!...»
«¡Caballeros, qué robo!...» «¡Esto nada más que le pasa al Atlético por permitir esos jueces!...»
«¡Sí, hombre, también el Chino se está buscando líos!...» «¡Pero qué piernas tiene ese Mario Pelota!...» «¡Se iba, no se ocupen *de'so*, que se iba!...» (¡¡¡!!!) (Estos signos representan las palabras y exclamaciones de Florimón La Villa. No se ponen aquí, porque son demasiado conocidas y, además, todo el mundo pudo oírlas desde el *stand*... El *referee* a La Villa: «¡Cállate, o te boto del terreno!...»)

Cuando se acabó el escándalo y se reanudó el juego, apenas el *quarterback* se puso a cantar la nueva formación, el silbato del *field judge* vino a quitarle al Atlético su *chance* de anotar, indicando el descanso del *half*.

Grandes y cansados, poderosos y lentos, como bueyes bajo el mediodía, los once atletas del Club, con un buen grupo de duras palabras en la boca para el *lineman*, vinieron hacia el banco, en donde se enardecieron de nuevo en las violentas discusiones, mientras Prats les echaba agua por la cabeza como a los gallos de pelea...

Entonces fue que Pancho Fernández, el viejo *tigre* incansable, el hombre «que más fútbol sabe en Cuba», metió su voz llena de serenidad entre el tumulto airado de los muchachos violentos, y todo el mundo se calló:

—No hay nada perdido. Se están defendiendo muy bien. Ellos tienen seis puntos y nosotros cero, pero queda la mitad del tiempo para empatar y ganar. No nos han enseñado nada y últimamente estábamos dominando... Con un *touchdown* empatamos, y si hacemos el punto, el juego es de nosotros...

—Sí, hombre, sí —dijeron Sergio Varona y Castillito, los periodistas de corazón atlético—. El Pollo lo que tiene que hacer es barajar sus hombres más...

El *coach* Yeyo Adán, nervioso y esperanzado, decía, como en el estribillo de un son:

—¡Hay que *tacklear* y *blockear*!

Y se pasaba la mano, abierta en peine, por la cabeza sudada...

Pero no todo el mundo estaba tan animoso. El que alguna vez se haya puesto la armadura del traje de fútbol, sabe lo que es terminar el primer *half* con anotación de seis por cero en contra. El *team* entero sabía que si los contrarios no les habían enseñado nada, ellos tampoco habían podido enseñarles nada a los contrarios. El Espiritista, con sus piernas maravillosas, en una ocasión evitó un *touchdown* franco; pero también había perdido terreno dos veces llevando la bola en los triples pases. La Foca Rodríguez y el Chino Puig habían dado muchos *tackles* detrás de la línea de *scrimmage*; Elpidio Domínguez y el Loco Mañach, a cabezazo limpio, barrenaron la línea varias veces; pero, en cambio, Mario Pelota y el Pollo Álvarez estaban corriendo sin interferencia alguna. A Mike Mazas, el Beau Brummell del Atlético, le cayó en los brazos un *forward* enemigo y antes de salir de su asombro ya estaba *tackleado*. Al Gallego Soliño había que sacarlo del juego, porque según costumbre, ya estaba con el tobillo fuera y gagueando más de la cuenta. A Angelito Álvarez, el formidable *tackle* de otros tiempos, sin aire y sin *training*, no era justo usarlo más del *quarter* que ya había estado en juego, y tampoco podía contar más con el Chino Puig, expulsado por armar bronca, ni con Betancourt, ya con el brazo roto. No está, pues, tan suave la cosa...

Y en el lado contrario se sentía la alegre efervescencia de la victoria. Los fotógrafos estaban retratando a todo el mundo. Allí estaba Guernica, el joven *center* que había sido una revelación; toda la gente de la línea, fuerte como en ningún otro año: Bolcheviquei, Viego, Sarasa, Segundo Díaz, Rivas Vázquez, Hidalgo, Maceo, Cabal... Y el *backfield*, lleno de habilidad y de espíritu, en donde se destacaba Tino Argimón, que hacía cambiar el aspecto del juego cuando entraba a cantar los números; Michelena, el ex tigre siempre peligroso; el Camagüeyano González, indescifrable en sus entradas por la línea y que poco después, por un golpe, tuvo que salir del juego acaso para siempre; Figarolilla, los Hernández, Wilrick y Masó, el gran *pungleador*. Rodeando al grupo, en cuyo centro estaba *mister* Kendrigan, ampliamente sonreído en la espera de ver, ¡por fin!, cómo podía ganarle al Atlético, había algunos de los antiguos jugadores, como Ronquillo y Campuzano, otro atleta que fue del «Glorioso Anaranjado». Toda aquella gente estaba animosa y entusiasmada, y había que contar con ellos... No estaba, pues, tan suave la cosa...

En los stands

Ahora va a pasar sobre los *stands* la visión en recorrido de una lente cinematográfica. Sígala el lector con interés, pues allí estaban sentados, nerviosos y llenos de dignidad, los dieciséis años en que el Club había sido campeón de Cuba... Estaban el millar de fanáticos de «joyas» y «de banderita», como les dice Rafael García, y que llenan la sala del Atlético, orgullosa de tanto trofeo, cada vez que se gana un campeonato más... Había hombres de edad, de los que empezaron a estudiar para fanáticos en tiempos de España, cuando se daban moñas y todas esas cosas... y muchachos de pantalón corto que se sabían de memoria los nombres de todos los jugadores del *team*... Uno, al entrar, dándose importancia delante de los amigos, me dijo:

—Torriente, déjame llevarte la cabecera para poder entrar, ¡anda!...

Y yo, como si se tratara de un escudero, lo pasé a la fuerza igual que un *touchdown*, ante la admiración de tanta mirada de chiquillo, cargada de simpatía... (¡Qué bueno es ser héroe alguna vez!...) Pero también estaban los alegres muchachos del Club, entre los que había algunos que habían interrumpido el *training*, como Pradas y el Camagüeyano Ramírez, muchos que no eran jugadores porque no querían *quemarse*, como Bernardino Rodríguez, el mejor *blockeador* de los Tigres, y Mariano Garrido (El Perrito); y jugadores futuros, como Bebo Guerra, Titá, Italiano Petriccione, Dosal, Kiski, el Profesor García Camero, Valdés Rodríguez, Gonzalo Hernández, Boche González, el Americano Sellard y Matusalén, y también Pepe Rodríguez Knight, Arredondo, Ramón y Luis Miguel, Masjuán, Pumariega, Telesforo, Sevilla, Gálvez, Catalina San Martín, Roselló, Iglesias, Pepe Serra, Avendaño, Foquita Rodríguez, Valiente, Níco Unanue y Filipino Nogales, emperrado siempre en correr los tres mil metros a paso de baratillero, y Miguelito Batet y Felo Fernández que habían *colgado*, entre un grupo de *tigres* viejos. Guamacaro, Calvito, Rafael García, Evelio, Viña... hablando de «cuando le ganamos a Tulane...» allá en los tiempos en que todavía el Pollo pedía el biberón... Fernando Navarro evocaba los días en que le marcaba el reloj, al finalizar los cinco mil metros, ¡dieciséis minutos!... Y Troadio Hernández, ponía como testigo a Torriente de que varias veces había pellizcado los ciento cincuenta pies con el martillo...

Pero había ya algo mucho mejor en las gradas: un grupo de lindas normalistas jóvenes, uniformadas, que llegaron al final del primer *half*.

Pepe Serra y Pumariega tienen la palabra y se esmeran todo lo que pueden

—¡Oye, mira quiénes llegaron allí, tú —le dijo Puma a Pepe Serra—. ¡Las normalistas! ¿De dónde habrán venido, así, uniformadas, hoy domingo?

—Viejo, de algún desfile... ¡Si esas chiquitas no faltan en ninguna parte!... El Loco Torriente dice que marchan mucho mejor que el ejército...

—Torriente es un exagerado, chico.

—Ningún exagerado, Torriente sabe más de la Normal que la misma Directora. Además, compadre, que marchan con mucha gracia y son más bonitas que los soldados...

Él se pone a imitarlas en la ducha: «¡Adelaaaaanté! Un... Dos... Un... Dos...»

—Torriente y el Pollo están *guiñaos* por dos chiquitas de esas... pero que va, viejo, eso no camina...

—Yo conozco algunas de esas: mira, es aquella rubita que habla mucho la muchacha de Torriente. Es un personaje, dice él: es recitadora, hace comedias, echa discursos... ¡qué sé yo!... Se llama Teté Casuso... La otra rubia...

—Sí, viejo, ya me la sé de memoria, es Susana Arredondo, la jugadora de básquet, como su hermana Berta... Veo mal al Pollo ahí... Por ese *end* no anota él...

—Bueno, mira aquella siempre seria y simpática, la de los espejuelos negros, es Sylvia Rivas; aquella que está siempre sonriéndose tiene un nombre extraño de artista... Se llama Halevy Yolanda León... ¿Qué te parece?

—¡Formidable, viejo!...

—La otra, la más alta y gruesa, es Olga del Busto... De seguro que está sentada sobre un puñado de novelas; aquella otra chiquita, que cabe en un bolsillo, es Tina Morín... Fíjate, la que está hablando con Teté Casuso, es Dalia Íñiguez, que también es recitadora y además pianista y cantante... Esther Morales es aquella muchacha... es un milagro si no se está aprendiendo alguna lección en voz alta... Y la más trigueña de todas, esa que tiene un perfil dibujado de camafeo antiguo, es Tina Pérez... Si Torriente estuviera aquí te decía el nombre de todas, pero yo ya no conozco a más ninguna... ¡Ah, no, mira! Aquella que también habla mucho es Monona Acevedo, que siempre está imitando al *Gobelnadol*...

—¡Bueno, viejo!, pero tú te has figurado que estás pasando lista en algún colegio?... ¡Yo no te he preguntado nada, chico! Estaba pensando que deberíamos decirle a esa gente que estas muchachas los están viendo jugar.

—No te ocupes, que el Pollo y Torriente se *pegan* como unos animales en cuanto lo sepan... Sobre todo el Torriente ese, que es más romántico que no sé qué... Siempre anda con un libro... ¿Te has fijado?...

—¡Oye, viejo, es una idea *fenómena*! ¡Vamos a decírselo pronto!...

Atropellando a la gente bajaron precipitados las gradas y llegaron hasta el grupo de los jugadores, tirados en el suelo y masticando hielo...

—¡Oye, Torriente!, ¿sabes quiénes están ahí? ¡Las normalistas, viejo! ¡Y parece que están contentas con el *score* en contra!...

—Y está también la chiquita esa de quien siempre estás hablando, y la rubia a quien le está *fajando* el Pollo...

—Vaya, caballeros —dijo alguien—, ahí tienen la oportunidad de no seguir haciendo el ridículo... Hagan ahora como en la película que vimos la otra noche: ganen el juego, y al final, ya saben... ¡Como en la película!... ¡Que no hay muchacha que se resista a dar un beso después de un *touchdown*!...

El silbato del *referee* anunció el final del descanso, y Yeyo hizo las sustituciones: Mazas, el médico, por Soliño; Pechín, por Mañach; Álvarez Morán, por Mike Mazas; Rossen por El Espiritista; Garmendía, por Rodríguez; Torriente por el Chino. Pero nadie se ponga a hacerle cosquillas, caballeros... Y que nadie hable y haga todo el mundo lo que le diga el Pollo, sin ponerse a discutir... ¡Mucho corazón y a anotar!...

Primera vez en su vida que Yeyo *botó la pelota* haciendo sustituciones...

—¡Arriba, Atlético!... ¡Corazón y lo otro!... —animaron los muchachos del banco...

Los *jjoyas!* estremecieron de nuevo el aire, y casi perdido, sonó el *cheer* fresco de las muchachas simpatizadoras del Club:

*¡Fuácata que fuácata
que ja, ja, ja!
¡Prángana que prángana
que chau chau chau!
¡Fuácata que prángana
que who are we!
¡We are the boys of
the C. A. C.!
¡Cánibal cánibal
sis bum bah!
¡Atlético! ¡Atlético!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!*

dado por Estela y Josefina Rodríguez, Dora Mazas; María Rosa, Mimí y Elsie Salmón, más atléticas que la bandera, Kila Bauzá y Victoria Torres, una pequeña muchacha animosa. Y capitaneadas todas por *Cuca*, ya nada menos que la joven señora de el Loco Mañach...

En «la yerbita»

«¡Atlético, *ready!*!...» «¡*Ready!*!...» «¡Cada uno a su hombre! ...»

[...]

«Bola en la yarda 60. Atlético, primer *down*, diez yardas por ganar.»

«Formación A-27-11-58-67-80...» ¡Plummmmmmm!... «¡Buena, Pollito! ...»

«Atlético, 2º *down*, siete yardas por ganar...»

«Formación A-25-87-23-55-17-92...» «¡Cuenta hasta seis y sal enseguida, Torriente!...»

—¡*Fumble!* ¡Perdimos la bola!...

—¡No, no, la recuperó Elpidio!...

—¡Menos mal!

—Oye, Mazas, viejo déjate de tanta poesía y pasa mejor!...

—¡Colócate tú bien, es lo que tienes que hacer!...

«¡Atlético, tercer *down*, quince yardas por ganar!...»

«Formación de pateo: 53-99-24-57-18...» «¡Déjala, déjala, déjala!... ¡que es *touchback!*!...»

Y así, de la yarda ochenta a la ochenta, la pelota cambiaba de *team*, y el tiempo corría «a paso de cuatrocientos metros» en la pista del reloj del *timekeeper*...

Otra vez en el *stand*

—¡Caballeros, se le acabó el cuento al Atlético! ¡Alguna vez tenía que ser! ¡Ya hay que ir pensando en el año que viene!

—¡Compadre, cállese! ¡Usted siempre está de luto! ¡Hasta el último segundo estoy yo esperando ver ganar al Club! ¡Todo está en que Pelota se enrede con la bola y se va, no se ocupe *de'so!*!...

Las burlas a los viejos *tigres* inmovibles salpicaban la sartén hirviente del estadio, ¡y quemaban, como la manteca de las papas fritas!...

¡Pero, qué rabia que la muchacha a quien se quiere le empieza a tener lástima a uno!... Las normalistas comenzaban a decir:

—¡Los pobres, ya no ganan!...

—¡Oye, ustedes no eran a las que no les importaban el Pollo y Torriente!

A un tiempo:

—No, si no nos importan, pero nos da pena que pierdan, los pobres... después de tanto golpe como están cogiendo. ¿Tú has visto cómo se tiran?

—Chica, yo no sé cómo no se matan...

—¡Qué, si están más fuertes que un examen de junio, muchacha!...

—¡El último *quarter!*... ¡Arriba, muchachos, arriba, que ahora anotamos! —gritaban imperturbables ante las burlas, Cohete, Guanana y su hermano Luis el Gordo.

Pero se equivocó un signo y la bola se fue para atrás con la intención evidente de anotarnos por su cuenta otro *touchdown* en contra... Afortunadamente, el Loco Mañach pudo llegar hasta ella, y, viéndose *tackleado*, para evitar el *safety*, que nos marcaría dos puntos más quitándonos todo el poco *chance* que ya teníamos, y estando completamente *bloqueado*, tuvo la suerte de poder patear la bola... Y aunque corta, la patada nos sacó del apuro por el momento, pues el jugador contrario más cercano a la bola, nervioso, la *fumbleó*, y Álvarez Morán cayó entonces sobre ella como un perro...

Un paréntesis: Mañach ya estaba en juego, porque Pechín pronto se fastidió una pierna y Yeyo no se quiso arriesgar a tener mucho tiempo en juego a la Yegua Juliach, un novato duro y valiente a quien el Gallego le dice Chachá... Es claro, es lo que pasa... las «estrellas» son las únicas que juegan... por eso yo el año que viene no me pongo el uniforme más nunca...

—¿Tú no viste lo que pasó con la Bomba Rodríguez, que él solo ganó un juego y lo sentaron... y con Pizarro Chiquito, y con Lago?... ¡Qué!... ¡Si esto no es más que una «piña», viejo!... Yeyo se «enamora» de un hombre y ya no lo sienta más nunca... ¿Tú no ves lo que está pasando con Pizarro?... Menos mal que se metió a boxeador, si no yo sigo sentado toda la vida...

—¡Oye, tú!, ¿y qué estás haciendo ahora?...

Todo esto ha pasado en el banco, donde están los reclutas que se pasan el año haciendo *training* para «cepillar» después *la madera como buenos*, durante todo el campeonato... Oh, yo nunca me olvido de aquel juego en que se dijo, rompiendo la tradición, y en vez de «Torriente, entra por el Chino», «...fulano, entra tú...» ¡Entusiastas muchachos suplentes... los que no entran en juego, los que sufren como un fanático de las gradas, los que salen sin sudar del terreno, los que en vano piden: «Yeyo, déjeme entrar», con la esperanza orgullosa de que en alguna ocasión las novias los vean correr sobre el terreno... Los que son unas veces víctimas de las «piñas», y otras de sus escasas libras, o de la capa densa de grasa sobre la barriga!... ¡Entusiastas muchachos suplentes!... ¡Yo les tengo a todos un recuerdo simpático, y los siento en el banco del silencio, a donde no llega la voz poco generosa de la burla!...

—*¡Time out!, referee* —dijo el *quarterback*...

—Pancho Fernández por Gonzalo Mazas.

—No hables, Pancho. Mazas, tírale la cabecera y sal pronto.

—Membrillo por Álvarez Morán.

—No hables, Membri...

«Bola en la línea treinta y tres. Atlético, primer *down*, diez yardas por ganar...»

«Formación M-88-71-29-87-52...» El zeppelin rotatorio de la bola cruzó el terreno y aterrizó en los brazos de Mario Pelota, quien no pudo abrirse, siendo *tackleado* enseguida. Pero la bola estaba en primer *down* otra vez, y en la yarda cincuenta y dos...

—¡Gracias a Dios que tiraron un *forward!* —gritó alguien con una voz de terremoto, desde el *stand*— ...¡Muchos *forward* con ellos, que los volvemos locos!...

—¡Cambien los palos!... ¡Atlético, primer *down* diez yardas por ganar!...

«¡Formación H-25-38-97... Signo atrás, pronto!...»

Y otra vez, bajo la cúpula aritmética de las amplias espaldas numeradas, la voz del *quarterback*, sudada, cambió la ecuación de la fórmula por la claridad de:

—¡Por el ocho, Pollo con la bola, al segundo número!...

Y el Pollo, corriendo brutalmente, usando a la perfección el *side step* y el *straight arm*, se cubrió de gloria con el manto tumultuoso del trueno de los aplausos y la ronca voz de los

¡Joooyá!... ¡Joooyá!... ¡Joooyá!
¡Cachúm cachúm!
¡Rah rah!
¡Cachúm cachúm!
¡Rah rah!
¡Joooyá... joooyá!
¡Atlético! ¡Atlético! ¡Atlético!

—Oye, Suzzy, ¿qué te pareció eso, muchacha? ¡Todavía van a ganar! ¡Pero, qué manera más extraña de correr, chica! ¡Si iba para un lado y para otro, adelante, y atrás, como si estuviera bailando algo raro!...

¡Y todo el mundo en pie!... Mucha gente empezaba a irse, con cierta prudencia... Pepe Navarro, con su sonrisa de seguridad, decía:

—No puede ser, al Club no se le puede ganar de ninguna manera. ¡Ese Pollo es un fenómeno! ¡Y ahora mira a ver quién puede aguantar al Loco Mañach por la línea.

«¡Bola en la línea noventa!... ¡Atlético, primer down, diez yardas por ganar!»

«Signo atrás...» Entonces Pancho Fernández dijo:

—Si me dejan dirigir, gano el juego...

Todos:

—¡Sí, sí!

Y el glorioso *tigre* viejo, creyendo decir algo inesperado, dijo:

—¡Mañach con la bola por detrás de Rodríguez!

¡Rammmmmm!...

—¡Qué pasa allí! ¿Se fastidió alguien?

—¡*Time out, referee!* ¡Agua, agua!

Y llegó Pratts tirando esponjas y pedazos de hielo.

—¡Mira, tú, es el quince, es Torriente el que está en el suelo!...

—¡Chica, por Dios!, ¿qué le habrá pasado?... ¡Este juego es tan bruto!... ¡Chica, yo no quiero que juegue más, yo lo quiero mucho!...

—¡Eh!, ¿y eso?...

—No, chica... Es que somos amigos desde muchachos... No es por nada...

El jugador en el suelo había sentido y *visto* lo clásico: que el sol, como un bombillo gigantesco se apagó de pronto y que todo el estadio, junto con los gritos y aplausos, se metió de lleno en la noche silenciosa... Después, igual que con un regulador de luz, el sol se fue abriendo hasta una O mayúscula; el *stand* se fue acercando con los gritos, y los golpes en el estómago y el hielo en la cabeza empezaron a ser cosas terribles...

Y ya en pie, mareado todavía, Torriente oyó el aplauso animador, tan grato como un premio, y la voz de la Foca Rodríguez que le decía:

—¡Torrientico, por tu madre, no te enfermes ahora, que vamos a ganar enseguida!...

«Atlético, segundo *down*, siete yardas por ganar!... ¡Ahora Elpidio con la bola, por el tres, al primer *Gip!*»

La Villa a Torriente:

—¡No metas más la cabeza, no seas animal!...

—¡A mí qué me importa, lo que hay es que ganar!...

—¡*Gip!*... ¡Rammmmmm!...

«¡Atlético, tercer *down*, tres yardas por ganar!...»

En el banco

—¡Mira si son brutos! —gritaba Yeyo desesperado—. ¡Ahora desbarata a los hombres ahí, sin fijarse en que los contrarios tienen once hombres arrodillados en la línea!... Si el Pollo hace un *end run* se va!...

—¡Qué rayo *end run* ni *end run*!, ¿usted está loco, Yeyo? ¡Ahí no queda más jugada que Mañach y Elpidio por la línea y que se rompan los tarros!...

—¡Bueno, cállense, que nos van a penalizar!...

—¡Mañach por el uno, al segundo *gip*!...

—¡*Gip*!... ¡*Out side*! —gritó el *lineman*.

—¡Hay la mitad del terreno por ganar!... ¡Nos salvamos!...

«¡Atlético, tercer *down*, yarda y media por ganar!...»

—¡La misma jugada!...

«¡*Gip*!... ¡*Gip*!... ¡Prummmmm!... ¡Fruíííí!... ¡Fruíííí!...»

—¡Anotamos!... ¡Anotamos!...

Los *cheers*, los *joyas* y los *fuácatas* cubrieron de nubes tumultuosas el terreno... las banderitas del Club ondearon frenéticas y los brazos de los jugadores se alzaban como gritos de júbilo, mientras en el banco, los muchachos se abrazaban y Yeyo estaba satisfecho hasta la última muela, y le pedía a Dios el punto adicional... Y la patada del Loco Mañach cruzó matemáticamente por entre los postes, acompañada de gritos delirantes de entusiasmo...

Todo el *stand* fue entonces una enorme bandera negro-anaranjada, que ondeaba a voces tumultuosas y frenéticas... ¿De dónde saldrá tanto fanático del Club? ¡Si la mitad fueran socios, comprábamos el Centro Gallego!...

Luego el tiempo cambió el paso... ¿Quién dice que el tiempo es inmutable? Antes estaba practicando en el reloj de Armando Ruz el paso de los cuatrocientos metros, pero ahora se había puesto a practicar un maratón tarahumara lo menos de cien kilómetros...

—Pollo, pregunta el tiempo que falta.

—*Referee*, ¿cuánto falta?

—Tres minutos.

—¡Caballeros, tres minutos, esto no se acaba nunca!...

...Pero se acabó... y el público se tiró al terreno armado de *cheers* y de gesticulaciones y de abrazos... Y vino luego el paseo con la bandera, por Infanta... Y el escándalo alegre en el Club... La multiplicación de Pancho, el conserje, llevando toallas y refrescos... y la ducha, el laboratorio de los músculos cansados y de las bromas simpáticas...

Todo era comentarios honrosos. Cuando se gana un juego sensacionalmente todo el mundo ha sido héroe... ¡Y es verdad!

—¡Caballeros, cómo han jugado ese Pollo y ese Mario Pelota!

—No, no, viejo, ¡y cómo han entrado ese Elpidio y ese Mañach!...

Entonces fue que Florimón La Villa se indignó y sacó la cara por los muchachos anónimos de la línea.

—Sí, mucho Mañach y mucho Elpidio... Mira a ver si la Foca y Mazas y el Chino, y Angelito y Garmendía y Morán y Torriente no le abren los hoyos, por dónde se van a meter... Ahí tienen a ese Torriente que se lo llevaron para la Quinta, sin pescuezo...

Y terminó:

—Pero conmigo sí que no va nada *de'so*, porque yo soy el *os taqle os Quiuba* indiscutible...

Y lo dijo todo tan fanfarronamente, con su vozarrón de vendedor de periódicos y dando unas tremendas trompadas sobre la mesa del dominó...

—¡Vaya, Pollo! ¡Ahora le puedes decir a la muchacha que se deje de visiones y que se ponga *pa' su número!*

—Tú ahora tienes que hacer como el *quarterback* de la película que vimos en el cine del barrio: después de ganar el juego, un beso... A las muchachas les interesan mucho más estas formas del *touchdown*...

—Menos mal el Pollo, pero el pobre Torriente sabe Dios cuánto tiempo estará ahora en la Quinta dándose masaje y corrientes, para quedarse a lo mejor con el pescuezo virao... Ese no juega más... y por lo pronto perdió todo el *chance* con la muchacha...

—¡Tú qué sabes!... ¡A lo mejor ahora es que lo quiere; ahora que está enfermo y con la cara amarilla!... ¡Las mujeres son muy raras, viejo... nadie las conoce!...

Pero Torriente, a los quince días se apareció por el Club, con el cuello torcido, untado de antiflogistina, lleno de pelo y de barba, pálido y sonreído... Si le daban la mano con afecto fuerte, hacía una mueca disimulada, y cuando lo llamaban, giraba todo el cuerpo igual que un vapor...

Los alegres compañeros del Club lo rodearon y él explicó «que aquello no era nada... luxación de tres vértebras del cuello... Yo creo que el año que viene podré jugar otra vez». Y dirigiéndose al Pollo.

—Oye: ¿y qué hubo de aquello?... ¿Hiciste como en la película?...

—El Pollo es más *cerrao* que un candado, chico... Lo único que sabe decir es que le da lástima por ti.

—¿Por mí?... ¡El pobre!... ¡Si conmigo fue mucho mejor que en la película, muchacho!...

Y el atleta, en la evocación feliz, hizo un gesto de alegre dolor satisfecho, mientras en un silencio elocuente empezó a recordar todo aquello, que hubiera interesado más que a sus amigos, a un grupo de muchachas enamoradas, cuando *ella* lo fue a ver estando enfermo, y que allí, al verlo pálido y lleno de dolor, misteriosamente conmovida en todo su ser por el rayo de sol de la piedad amorosa que hay siempre escondido en el corazón de una muchacha, emocionada y maravillosa, *ella* le confesó que hacía tiempo lo quería ya sin saberlo, y que desde ese momento era ya para siempre... ¡Para siempre!...

¿QUÉ PASÓ EN LAS OLIMPIADAS HABANERAS?*

La presencia de ciertos jugadores olímpicos extranjeros de color (como dicen las hojas impresas repartidas para el nuevo censo) en el Yacht Club de La Habana ocasionó un lamentable incidente de protesta, al que se refiere *La Semana* en un editorial del cual copiamos estas líneas:

A pesar de las excusas presentadas por la cubanísima asociación, que tantas personas de reales alberga bajo su techo, el escandalito no pudo ser más pernicioso ni más inoportuno, constituyendo un espectáculo de flagrante incultura ofrecido en plena fiesta de cordialidad internacional, del cual, al parecer —sólo al parecer— fue víctima un grupo de visitantes respetuosos, acogido al fuero de nuestra cacareada hospitalidad.

Y el colega habanero que publica las caricaturas de los jugadores olímpicos, entre los que figuran dos portorriqueños que parecen de color, también reproduce un gran retrato de Antonio Maceo y debajo, dice: «Si este ciudadano estuviese vivo y hubiera querido asistir a los Juegos Olímpicos, hubiera sido rechazado a la puerta del Habana Yacht Club.»

Del importante rotativo habanero *El País-Excelsior* y referente a los famosos juegos olímpicos insertamos el recorte siguiente:

En las competencias de ayer tarde, se lucieron notablemente los atletas de Puerto Rico y Panamá. Estos países han enviado una corta representación; pero todos sus atletas de primer orden, que han demostrado ser buenos. En las pruebas finales de esta tarde, la puntuación de Puerto Rico y Panamá ha de aumentar considerablemente. Estos atletas podrán oír hoy los himnos de sus países.

Y la marginal que, de puño y letra de una portorriqueña, comenta lo escrito por el diario y dice así: «Podemos estar contentos. Para que les dediquen este parrafito (único durante los [¿10?] días de Olimpiadas¹) tienen que haberse mostrado los muchachos de allá como buenos.»

* *Pica-Pica* [San Juan, Puerto Rico], 1930.

¹ Se denomina Olimpiada al espacio de tiempo de cuatro años que media entre la celebración de dos Juegos Olímpicos. En la primera mitad del siglo XX se designó con este término a las competencias multideportivas. Por esa razón Pablo denominó «Olimpiadas Centroamericanas» a los Juegos Centroamericanos y del Caribe que se celebraron en La Habana en 1930.

1. El escenario

En la ciudad de La Habana, bajo el sol de la tarde del 15 de marzo de 1930, dieron comienzo las competencias olímpicas, justamente, cuando un negrito simpático, de menos años que la suma de mis dedos mecanográficos, con una blusa más blanca que su sonrisa ancha, se sentó a mi lado con la magnífica autoridad de quien se ha *colado* en el espectáculo. En ese momento, dándose cuenta todo el estadio de la importancia de tamaño suceso, entero, se puso en pie como una gran olla llena de rumor, y el gallardete sonoro del himno bayamés ondeó en el aire su *tararí* guerrero...

* *Revista de La Habana*, vol. 2, no. 1, abril, 1930, pp. 134-142.

2. El desfile

México, el pueblo varón de la América, pasó el primero, y el trueno de los aplausos de los *stands* cubrió, como un enorme sombrero charro, la marcha impecable de los atletas, numerosos y perfectos, con el brazo levantado en el saludo olímpico.

Puerto Rico, representado por sólo cuatro valientes competidores, pasó enseguida. ¿Por qué estos muchachos trajeron la bandera americana? ¿Por qué estos muchachos trajeron la bandera americana, tan poco necesitada de glorias deportivas? ¿Por qué no traer a Cuba, ya que no fue el gobierno de la isla sino un grupo privado quien los enviaba, según las mejores noticias, la bandera borinqueña, tan parecida a la nuestra?

Guatemala, El Salvador y Honduras, pasaron luego, y con el brazo extendido. Los atletas noveles, e inexpertos para competencias tan duras, venían a hacer el aprendizaje de la victoria.

Jamaica, con sus atletas elegantes, y Panamá, nutrido y batallador, y Costa Rica decidida al triunfo, precedieron la marcha, bajo el tremendo tumulto de las gradas, del pabellón Cuba, que llevaba Gutiérrez, vencedor en el disco.

3. El juramento

El abanderado de Cuba dio dos pasos al frente. De nuevo el himno levantó al público, y al acabar, el atleta cubano, alzando la bandera, abatida en señal de respeto, vino a ponerse frente al jurado. Igual hicieron luego los abanderados de todos los países contendientes, y tuvimos que oír el «Dios salve al Rey» de majestuosa solemnidad, pero seguramente no tan grato como cualquier aire de la tierra libre, si Jamaica lo fuera. Y aún tuvimos que oír el de la tierra espléndida de Washington, maravilloso para ser tocado allá, para ser tocado en inglés, pero no para oírlo, sostenida la bandera por un portorriqueño sin libertad, en La Habana, adonde por mucho de la culpa de su país, no se han podido escuchar ni el de Nicaragua, ni el de Santo Domingo, ni el de Haití...

Cuando terminó la fanfarria de las bandas, el atleta cubano, en nombre de todos, prestó el juramento por el que se comprometía a ser leal con el contrario y esforzado hasta el límite por la

conquista de la victoria para su país. Y todos los muchachos, en el silencio imponente, dijeron que sí, levantando el brazo.

Y luego, rítmicos y fuertes, pasaron frente a las gradas llenas de *bloomers* de muchachas...

4. El espectador

El espectador, comisionado para redactar esta *Memoria*, no ha faltado a ningún espectáculo, y va a dar traslado al lector de las cosas dignas de recuerdo, que ha visto, o que ha oído, o que le han contado, durante la celebración de estos juegos.

5. El aire relampagueado

—Señores, en guardia... ¡Adelante!...

—¡Chas, chas, chas... chas... chas, chas... chas...

—¡Alto!... ¿Usted?

—¡Tocado el de la derecha!

—¿Y usted?

—¡Tocado el de la derecha!

El Presidente al jurado: ¡Tocado el de la derecha!...

—Señores, en guardia... ¡Adelante!

—¡Chas, chas, chas... chas, chas, chas... chas.

—¡Alto!...

(Se reúnen los jueces. El Presidente del asalto pregunta. Los tiradores descansan con el pecho, como el mar en la orilla, subiendo y bajando... No se sabe si los dos han tocado a un tiempo. Nadie se pone de acuerdo y se hace fastidiosa la lucha...)

Entonces uno de las gradas, convertido en *umpire*, decide entre grandes risas:

—No discutan más, caballeros. Fue un *double play!*...

6. Artagnan, Cyrano y Lagardere en las gradas

El anunciador, después de un asalto:

—Resultado: Vencedor, Fonts, de Cuba, cinco por cero.

.....
.....

Al cuarto de hora:

—Resultado: Vencedor, Fonts, de Cuba, cinco por cero.

.....
.....

Al cuarto de hora:

—Resultado: Vencedor, Fonts, de Cuba, cinco por cero.

.....
.....

Artagnan, con mucha finura a Cyrano y a Lagardere:

—¿Compañeros, no les parece que aquí estamos de más?

—Sí, vámonos, para no hacer el ridículo. A ese hombre no lo toca ni el aire...

Y se fueron, con sus espadas sonoras, sus bigotes atrevidos, y sus sombreros plumados, los tres grandes héroes de mi adolescencia, abochornados ante el triunfo incomparable del glorioso campeón de Cuba.

7. ¡Pin, pan, pun!

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Una, dos, tres, cuatro, cinco, y seis... ¡Todas las siluetas tocadas! Como Tom Mix, donde ponen el ojo, ponen la bala... Y México, la arisca tierra de las «balaceras», tuvo que conformarse con dividir el triunfo con nosotros, gracias a la habilidad diabólica del doctor Pedroso y del teniente Ferrer.

8. Globitos de aire blanco

¡Vollmer, Vollmer, Vollmer! Y la más firme esperanza de Cuba para el tenis conquistó a Tapia, en el *round* final, con la precisión de un estratega alemán que calcula el aire en contra, en un disparo de fusil a mil yardas de distancia... ¡Otro para Cuba!

9. Pin pon olímpico

El voleibol, escasamente jugado en Cuba, no es más que un deporte para señoritas gordas, ganado otra vez por muchachos flacos... Conquistó el triunfo México, y sus atletas formaron en los asientos una M viva, de la que, dirigida por Pancho Contreras, salían las más alegres «porras» triunfadoras.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce... ¡México!... ¡Rah!

Y cuando llegaron al 15, los chamacos vencedores se reunieron en el *floor* y dieron al aire su famoso grito:

Raca chica bum
Raca chica bum
Raca chica bum, bum, bum, bum, rah!
¡México! ¡Monterrey!...

Esa noche, en las gradas, una mujer magnífica tenía los senos, altos y firmes y amplios, casi desnudos, fuera del escote...

10. Danzarines sin gracia

Enflaquecidos, elásticos y ligeros, los jugadores de baloncesto tienen aire antipático de malos discípulos de la danza clásica. Pero el espectador tenía obligación de irlos a ver y fue.

México vs. Cuba, o mejor dicho, Cuba vs. México.

El *floor* repleto hasta la zeta.

En el aire los *cheers*.

Un grupo aplaude con entusiasmo. Es que ha saltado la barandilla Alejandro Portell Vilá, el *referee* apolíneo, alto, fuerte y ágil, a quien siguen las muchachas con la vista, encantadas de verlo moverse rápidamente bajo la sencillez elegante de su epítome de camiseta atlética...

Cuba vs. México.

El tanteador indica claramente, cuando faltan siete minutos, que el *five* mexicano es muy superior al nuestro. Pero entra el «polaco» Arredondo, y jugando con una «pimienta» arrolladora, electriza al cinco cubano y al público, que en pleno delirio va pasando de la sorpresa al triunfo... Él solo ganó el juego en la mejor noche de su vida. De cinco veces que tiró a canasta, coló cuatro; y pasó, guardó, y estuvo loco y feliz sobre el *floor*. Borracho de alegría, el público lo carga y lo estropea... La gente, enardecida, da nuestro gran grito de triunfo y de pelea, rompe en un *¡Joooyá!*, ronco y poderoso...

11. ¡México! ¡Rah!

Pero en el desempate México conquistó el campeonato por una sola razón: por ser el mejor.

Y el público se quedó con el recuerdo de un *five* agilísimo, gran tirador al aro, con pases matemáticos y buena técnica, en el que «El Indio» (creo que Silvio Hernández se llama) es un monarca absoluto de la velocidad y de la astucia.

La noche del desempate sólo hubo un incidente digno del recuerdo.

El público, poco contento con el *trabajo* de un *forward* cubano, comenzó a gritar:

—¡Quiten a Machado!... ¡Quiten a Machado!

Y la petición obtuvo una aprobación tan unánime y ruidosa que apenas pudo escucharse cuando una gran voz gritó con alegría burlona:

—¡Sí, hombre, que quiten a Machado y que pongan a otro!...

12. Los centauros

¿De dónde han venido estos extraños seres, caballos pegados a los hombres? ¿De México únicamente! En vano los muchachos cubanos disputan heroicamente la pelota con el bastón largo y elástico. Los centauros corretean por la yerba y hacen aparecer como ridículas todas las teorías sobre el equilibrio inestable...

13. El mundo a patadas

Sobre la yerba rueda el mundo. Cada *equipier* parece un nuevo *Galileo* furioso, que echa a andar la Tierra en un imperioso «*E pur si muove*»... De pronto, el mundo salta al aire, y entonces, un nuevo Atlas lo recibe en el hombro y lo despide violento...

Casi nadie sabe en el estadio como es este juego.

Es el balompié, y en él los cubanos, jugando con una agresividad de tigres, conquistaron el Campeonato Centroamericano, en su primera aparición internacional, pese a la brutalidad de «Macho» Madrigal, quien no obstante jugar por Costa Rica, la bella, se empeñó en afear las competencias.

14. Los cohetes blancos

¡Mi madre! ¡Tres en bases y el Bambino Espinosa a la leña!...

Pero Lyons, el *pitcher* panameño se creció, y el gran *center field* se tomó un magnífico ponche de huevo, leche y vainilla...

Entonces, en las gradas entusiasmadas, llenas de panameños, sucedió esto:

Todos silban.

¡*Bum!*

¡*Ahhh!*... (Todos se levantan.)

¡Panamá!

Pero de todas maneras, más tarde el Bambino agarró la pelota, y como un cohete blanco cruzó todo el terreno por entre *left* y *center* para ir a esconderse bajo las vallas, en el límite del terreno, ¡Jonrón!

Y en los juegos contra Guatemala y El Salvador, novenas sin experiencia para tanto, hubo grandes fiestas de fuegos artificiales, en las que los *sluggers* de Cuba, México y Panamá convirtieron a los «files» contrarios en muchachos cazadores de mariposas...

15. Muñecos en el aire

Desde el *stand*, los saltadores de garrocha parecen muñecos. Y estos muñecos, uno de Cuba, Villa y otro de Puerto Rico, Gómez, saltando sobre la barra y bajo el sol, desde las dos de la tarde hasta las cinco, dieron la más brillante exhibición de las competencias atléticas.

Y ganó Villa, el cubanito, no por ser mejor, ni peor tampoco, sino por ser más resistente que el portorriqueño Gómez.

Y para las próximas Olimpiadas, como son muy jóvenes los dos, es muy probable que haya otro duelo tremendo entre ellos.

16. ¡A galope!

—¡Atletas, en sus marcas...! Listos... ¡Pum!...

¡Ya vienen!... ¡Ya pasan, como relámpagos, negros y blancos y a la mitad... Y se tiran todos de golpe contra la cinta que rompe el primero, el negro Torriente, seguido al centímetro por el blanco Alfonso, cubanos ambos, y vencedores los dos de Bedford, la tremenda amenaza de Panamá...

17. El negro griego

En el cuarto de taquillas, Bedford, negro, como el casco de un buque negro, se viste. Tiene la musculatura ágil y perfecta, y brilla, como una moneda de oro negro. Tiene el perfil jactancioso y el aire pedante y tonto de casi todos los atletas estrellas. Y todo él es negro y perfecto como un griego que fuera perfecto y negro...

18. Un fantasma sobre la pista

Descalzo, mirando a la tierra, con el pelo negrísimo, saltando en el salto rítmico, dividido en dos alas de aura, pasa, exacto, como el minuterero de un reloj, el indio Jardines...

Va tan delante que parece que va solo... El grupo le sigue, desesperado, y un hombre se cae de cansancio, y otro, y otro después...

Ya el Indio, en la serpiente dormida de la pista, se ha mordido la cola, y empieza a pasar de nuevo por el lado de los que salieron junto con él... Cualquiera que llegara en este momento pensaría que, como en el Evangelio, los últimos son los primeros...

Después de veinticuatro vueltas, los pies descalzos de Jardines no sangran... Hay en el público un entusiasmo emocionado y casi estético, ante la marcha triunfal de este corredor impecable, que cuando escucha el disparo de la última vuelta, agiganta el paso y huye, como si un fantasma indio de sus antepasados lo persiguiera con una antorcha luminosa...

19. Una muchacha de Costa Rica

Antes de terminar la carrera, el radio anuncia que la belleza que representó a Costa Rica en el Concurso de Miami, presencia las competencias desde el *stand*, y todo el mundo contribuye con el suyo para ofrecerle un gran ramo de rosas y aplausos...

Un corredor costarricense alarga el paso y sostiene un duelo espectacular con un atleta mucho más joven que él. El duelo dura muchas vueltas, pero al fin logra la victoria el valeroso representante costarricense, que llega, como todo atleta de corazón, con el rostro cadavérico y el cuerpo caído.

Pero se le ofrece también algo mejor.

¡Un hurrah! Para este muchacho de un buen grupo de años.

20. Man O'War Hombre

¡Darío! Invicto consistente, veloz y valiente como Man O'War, Darío Álvarez, pasa el primero en la media milla y en los mil quinientos... Se ha reído de los tiempos hechos por los contrarios, y, soltando el paso ha dicho: «¡Hay que ganarme sobre la pista, con las piernas, no en el papel, con el reloj!...» Así conquistó a Iturbe, el gran chamaco.

21. El Espiritista

Suárez dice en la oficina: «Un momento que tengo que hacer una diligencia.» Sale a la calle, llega al estadio, se pone el escudito de Cuba en el pecho, y corriendo contra contrarios de mucha mayor estatura y de mejor *training*, entra tercero en la carrera de los superhombres, la de los cuatrocientos metros con obstáculos, en la que el último le parece siempre al corredor más alto que el Sevilla Biltmore...

22. La honda de bronce

El hondero le da la vuelta a la honda de bronce, y como el eje en tensión de una nueva nebulosa que quiere escaparse de su centro...

Después de los *swings* impulsadores, el hombre gira vertiginoso sobre sí y la honda parte y aplasta el aire en su camino por enterrarse en la tierra, como la granada de un cañón.

Aquí fue donde Troadio Hernández, el más pulcro atleta de Cuba, perdió el Campeonato Centroamericano, ¡por sólo siete centímetros!...

Robledo, de México, es el nuevo monarca...

23. El discóbolo y el jabalinero

Gutiérrez lleva el disco a la espalda y con el otro brazo mide la altura y la distancia... Lo lanza al fin, después de girar dentro del círculo exigente, y el plato traza en el aire una gran curva victoriosa... la banderita de Cuba marca en el terreno un punto inalcanzable... El atleta se pone tranquilo el *sweater* y se sienta a ver lo que hacen los otros...

Las jabalinas cruzan como flechas el espacio, y se clavan en la tierra herida. Espinosa ha quedado debajo, por unos centímetros, el día de la eliminación... Ahora agarra la jabalina fuertemente y observa la línea lejana de los 1 170 pies... Coge impulso en la carrera y la suelta con violencia al aire, como si fuera un gerifalte amaestrado, o como si fuera un gran grito de cólera aguda... La jabalina se ha clavado en la tierra, tan lejos, que parece como si la hubiera impulsado el brazo de Aquiles, el de los pies veloces...

24. El aeroplano

¡Qué bárbaro! —grita la gente—. Es que un hombre va por el aire y no se decide a caer... dando saltos como las piedras que lanzan los muchachos al río y lo llenan de círculos concéntricos...

Es M. Suárez, de Cuba, que rompiendo por fin el récord anciano de Enrique Arango, pudo volar 45 pies y 7 pulgadas más, sin caer sobre la arena.

Y esto, que es el mejor récord centroamericano de campo, está en las piernas de un muchacho de Cuba.

25. Los cuatros jinetes de la victoria

¡Torriente, Conrado, Seino y Alfonsito!

Torriente, un negro rápido como las nubes negras que se cierran tras el relámpago en la noche... Suena el tiro, y ya él va delante, delante...

Coge el palo Conrado Rodríguez, y llevando, como los caballos briosos, la rodilla hasta el pecho, destroza la pista con sus zapatos puados. Y va también delante.

Seino, con una sonrisa de treinta y dos marfiles limpios, recoge el palo y se desliza sobre el carbón como un fantasma negro...

Alfonsito le arranca el palo, y es tan igual la velocidad tremenda, que parece que el fantasma negro se ha puesto ahora blanco por un nuevo experimento del disco de Newton...

Bedford, de Panamá, Moraila, de México, y Guerra de Puerto Rico, *sprinters* formidables, se han quedado detrás...

Cuba ya tiene otro récord admirable.

También México ganó otra prueba de relevos, cuando Moraila, el atleta silencioso y magnífico, corrió los últimos cuatrocientos metros del relevo de 1 600.

Fue todo muy fácil, pues Mario González, el mejor hombre de Cuba para la distancia, no pudo resistir el paso tremendo de un muchacho de México, Charlie, el segundo Jefe de Porras, si mal no recuerdo, que corría por primera vez en la tarde... Después El Espiritista se agotó heroicamente corriendo contra una ventaja de unos veinte metros.

26. Los tiburones cansados

A la orilla del mar dos tiburones están respirando fatigosamente y sudan por todo el cuerpo... Una tintorera les pregunta: «¿Qué les pasa? Parecen dos viejos asmáticos...»

«No, es que tratamos de alcanzar a La Rosa y a Smith... Son dos guayacones con trusa...»

27. Las estatuas que se caen

Desde lo alto del trampolín están tirando estatuas al mar...

Ahora ha volado la estatua de un cisne hecho hombre...

Ahora se ha caído la estatua de un ángel con las alas abiertas...

Y ahora, se lanzó la estatua de un remolino...

¡Pérez Alderete y Mariscal! ¡Muchachos para estar siempre en el aire, entre el cielo y el mar!...

28. Los blancos y los negros de la Olimpiada

Los blancos de la Olimpiada han sido, en primer lugar, esos muchachos de El Salvador, de Guatemala, de Honduras, de Jamaica, de Costa Rica, que vinieron a La Habana a hacer el aprendizaje del triunfo, sabedores de que no podían conquistar la victoria.

Los blancos de la Olimpiada han sido también los cuatro batalladores representantes de Puerto Rico, que acumularon para la isla pequeña y querida, un buen golpe de puntos...

También han sido blancos, los muchachos de Panamá, el blanco Navarro y el negro Bedford, los más brillantes triunfadores en la carrera y el salto.

Y blancos también los competidores de México que vinieron a ganar y se encontraron con el adelanto criollo y su empuje irresistible, y supieron, dirigidos por el manojito de simpatía que es Pancho Contreras, repartir «porras» de victoria y de aliento en la derrota.

Y por último, blancos también han sido los muchachos de Cuba. Los que se crecieron sobre sí; los que dieron más de lo que se les pidió, y fueron veloces y fuertes, como el viento sobre el mar.

¡Negros!.... Negros sólo ha habido entre los que le negaron al negro su derecho a ser igual
¡Negros...!

El escenario falsificado

Cuando algún fanático de alguna cultura, como Feliciano, entra a un estadio moderno para presenciar la competencia de lanzamiento del disco, inmediatamente ha de sentirse cohibido por el ambiente y por el público y ha de sentir algo así como la diferencia con recuerdos que no tienen comparación posible. Esto fue lo que le pasó a mi amigo, que es un tipo que ama todavía lo clásico, y piensa que a los juegos olímpicos los espectadores deberían asistir vestidos con blancas túnicas, hablando de Píndaro y Corina y evocando las fuerzas titánicas de Milón el invencible crotoniata... «Esto es una miseria y una ruindad —me decía Feliciano—. Esto no es una olimpiada ni nada de eso. Aquí todo el mundo está como desesperado... Y no hay gracia ni ritmo, ni belleza... Esto es una falsificación muy mala de los tiempos griegos...»

* *Pueblo* [La Habana] Suplemento literario, año 1, no. 3, 21 de mayo de 1938, p. 15.

En *Pueblo* este artículo apareció encabezado con una nota que expresaba: «Esta crónica inédita de Pablo de la Torriente Brau fue escrita en Panamá con destino a *Revista de La Habana*. El cese de esta valiosa publicación impidió que la conociéramos entonces. [...]» La salida de esta última, en la que había publicado en abril de 1930 su trabajo «Las Olimpiadas Centroamericanas», abarcó solamente ese año. Ya en ella se prefigura la idea que dio origen a la serie «Recuerdos de la próxima Olimpiada», de la cual vieron la luz cinco crónicas en el semanario gráfico habanero *ORBE* en julio de 1931.» Agradecemos al investigador Ricardo Luis Hernández Otero, del Instituto de Literatura y Lingüística «José Antonio Portuondo Valdor», la localización y copia de esta hasta ahora olvidada crónica de Pablo de la Torriente Brau.

Los hombres de mármol

Feliciano tenía razón: Las olimpiadas modernas son una mala falsificación de las antiguas; pero hay una razón fundamental que lo justifica: la de que corresponden a nuestro tiempo moderno, precipitado y áspero, por eso, al entrar en un estadio de nuestra época hay que olvidarse de los hombres de mármol, imperiosamente bellos y majestuosos, que estamos acostumbrados a ver en los museos y escuelas de pintura. Y hay que comprender esto o no asistir a las competencias atléticas. Reflexiones como esta le hacía yo a mi amigo, que no acababa de admitirlas y de conformarse con ellas, extasiado en demasía con el recuerdo de la gracia impecable y marmórea del famoso Discóbolo, que nos recordaba [mutilado] a Scopas o a Praxíteles, a quien se le atribuía, pero cuya falta de presencia en un campo cualquiera de *sport*, lo consideraba como una gravísima falta a la belleza y al arte.

Griegos y yankis

Estas competencias de lanzamientos son tan monótonas generalmente, que cualquiera es capaz de filosofar durante ellas y Feliciano y yo no podíamos excluirnos de la regla. Por eso, mientras muchachones gigantesco ejecutaban sus *swings* poderosos y probaban las distancias estirando los músculos, nosotros hablábamos de las extrañas y profundas diferencias que cualquiera puede observar entre las competencias atléticas de la antigüedad y las de nuestra época. El atleta griego combatía para llegar a ser digno de servir como modelo a Fidias, y por lo tanto sus

músculos buscaban sobre todas las cosas la gracia rítmica en el corredor y el poderío pétreo en el luchador; y el atleta yanqui o el finlandés compite por servir en un anuncio como punto de comparación con un motor de carreras. Además, el atleta griego antiguo era un intérprete más de la serenidad de su tiempo después del triunfo sobre los persas, y nosotros fácilmente, sin mucha alucinación, podemos imaginarnos al mármol perfecto del Discóbolo transformándose en carne firme y verlo trazar círculos simétricos y movimientos impecables para volver a quedarse petrificado en su forma inmortal... El mismo grupo de *Los Luchadores* es sólo una oportunidad para dar una clase de anatomía muscular libre de violencia. En cambio, la cara desesperada de Charles Paddock en su feroz salto final, interpreta como pocas cosas la arritmia cardíaca de nuestro período, enfermo de velocidad y de esfuerzo; y el gesto rudo y desesperado de un lanzador de martillo, no es otra cosa que el de un anhelo por llegar más allá en todo...

Por estas razones, entre el estruendo de los radios y los gritos de los vendedores, aquella tarde Feliciano se declaró clásico y yo, moderno.

El motor del mundo

Indiscutiblemente, nada hay tan propicio a la elucubración filosófica, como un espectáculo de *sport* carente de emoción. Y Feliciano aprovechaba tan bien las circunstancias que se estaban volviendo tan insoportables como la misma competencia.

«Fíjate —me decía—, fíjate en el escándalo que hay, total por nada. Porque si el rubio ese tiró el disco ocho pulgadas más lejos que el calvo aquel de muslos enormes. Y no creas, la única razón del escándalo no es la distancia de más ni de menos, sino que uno lleva el escudo americano en la trusa y el otro el alemán...»

Y mientras yo miraba y admiraba las proporciones casi colosales de los lanzadores, más altos siempre que los seis pies y más pesados que las doscientas libras, Feliciano, imperturbable, continuaba sus reflexiones.

«Desengáñate, esto te demostrará que el único y verdadero motor del mundo es el apasionamiento. Ahí tienes a ese grupo de muchachones seguros de que lo primero del mundo es lanzar el disco un pie más allá que todos, y ahí tienes a más de ochenta mil personas que los apoyan. Porque no te creas, el apasionamiento es un motor y por lo tanto tiene sus cambios de velocidades y naturalmente, la marcha atrás también. Por eso crea imbéciles y fanáticos, y no todo se resuelve en beneficio del progreso.»

Ya, esta melopea me resultaba intolerable y le tuve que llamar la atención a mi amigo de que por lo menos filosofara por su cuenta y me dejara ver el espectáculo por muy retrógrado que le pareciera.

Americanos y alemanes

Porque aun aceptando como bueno el pesimismo de mi amigo, lo cierto es que da cierta sensación de orgullo humano, ver una colección de atletas tan tremendamente fuertes, y lo cierto es que sin estas cosas inútiles y monótonas de los lanzamientos, no se podrían lograr. Porque, en lo que no hay duda ninguna es en que escribiendo a máquina u oyendo música por radio, no se puede llegar a tener una constitución que sirva de modelo a una portada de revista moderna.

A mí, francamente, me encantaba ver aquel grupo de hombres que se paraban en el círculo blanco y con cierta displicencia, para que sus músculos fueran entrando en calor, lanzaban el implemento a 120 y 130 pies ¡sin dar ninguna vuelta de impulso!

Eran casi todos los que habían llegado a los finales, americanos o alemanes que daban la sensación de máquinas de músculos a fuerza de moverse siempre lo mismo, y de hacer caer el disco a distancias casi iguales siempre.

El orgullo de Stanford

Allí estaba controlando la admiración de todos, el orgullo de Stanford, Eric Krenz, americano a pesar de su nombre y que intentaba no sólo ganar, sino romper el mismo récord del mundo, mejorado por él en otras ocasiones. La tarde anterior, le había dicho a un periodista que lo entrevistaba que creía en la posibilidad de que el disco pudiera recorrer 170 pies sin tocar la tierra...

«¡Algún día será eso!», había dicho por los periódicos y esto era suficiente para agrandar su figura de hombros amplios y poderosos brazos.

Cada vez que iba a tirar, el estadio se ponía en pie, como si esperase el acontecimiento anunciado, y cuando el disco daba en tierra con fuerza, una tremenda ovación conmovía las gradas sin esperar a que anunciase la distancia recorrida. Es una de las pocas veces en que yo he visto al público puesto unánimemente del lado del más fuerte... y esto era un doble *handicap* para los mejores competidores. Aun para el alemán altísimo, en cuya mano el disco parecía una rueda de melón, y que estaba impresionado ante tanta coacción, a pesar de la famosa sangre de horchata de los teutones.

Los anillos de Saturno

La tarde estaba espléndida, y bajo el cielo azul de California ¡los discos nuevos y brillantes pasaban tajando el espacio con el bárbaro impulso del esfuerzo!

De tanto verlos pasar, me quedé mirando siempre para el cielo, como se quedan los muchachos de azorados cuando por primera vez, ven cruzar la noche con el chispazo en fuga de una estrella errante.

Y era que, en efecto, una extraña idea había acabado por formarse en mí, ante el cruce de los discos.

Su fuga, su forma, su velocidad desprendida, me hicieron imaginar que eran fragmentos sidéricos, anillos de Saturno desprendidos y con los que jugaban gigantes cien veces más poderosos que los más grandes creados por la imaginación griega.

Una viva alegría recorrió mi cuerpo al encontrar en mi pensamiento una comparación que pudiera aplacar el furioso clasicismo de mi amigo, y una emoción que estaba plena de una pura belleza, y al volverme para dársela a conocer, me encontré con que no estaba ya a mi lado.

Luego en el Hotel me confesó que Eric Krenz, el vencedor, le había parecido un hombre inarmónico, sin sentido del ritmo, y que no había podido tolerar aquello.

Yo me contenté con pensar que al hombre de mármol del Discóbolo, el continuador de Harold Bud Houdser le hubiera sacado bien treinta o cuarenta pies.

Pero me cuidé mucho de no decírselo a Feliciano.

LOS «GRITOS» DE LA SEGUNDA OLIMPIADA CENTROAMERICANA*

El grito, como el hombre, nace desnudo, y como el hombre también, es engendrado bajo la hora caliente y brava de la pasión.

El grito es la primera manifestación del triunfo y la última de la derrota, por eso es que ha venido a constituirse en un verdadero elemento de colorido en las luchas deportivas, que no vienen a ser otra cosa que pequeñas guerras civilizadas, valga la paradoja.

Y ya en este caso, el grito, civilizado, se ha puesto la ropa, como el habitante de un país culto. Y también ha aprendido a ser cortés, irónico a veces, como un humorista, y aun, burlón y sangriento.

La índole de este pequeño trabajo de recolección no permite ahondar mucho en los orígenes de esta costumbre deportiva, tan arraigada hoy en día, que una contienda de beisbol o fútbol, pongamos por caso, sin el tumulto de los *cheers* es una cosa tan incompleta y fría como una bandera sin colores.

*Archivos del Folklore Cubano [La Habana], vol. V, no. 2, abril-junio, 1930, pp. 110-118.

Acaso la costumbre tenga un origen norteamericano, país frenéticamente deportivo, en donde las tribus autóctonas se hacían la guerra con una periodicidad reglamentaria de campeonato en marcha, y tenían ya sus famosos gritos de guerra, que entonces, como el indio libre y audaz, volaba desnudo, ronco y agresivo por las praderas interminables...

En Cuba, mi padre, que formó parte de alguna directiva de beisbol en los tiempos, mucho más remotos de lo que parecen, de las moñas de los jugadores que vencían, me cuenta, que allá, por el año 1880, se jugaba en La Habana, ante un público de muchachas, sonreídas por jóvenes con bigotes y hasta perilla elegante, un beisbol casi minué, de puro cortés que era. Ignorábase por completo el profesionalismo, y el ser hoy artista de cine es algo parecido, en cuanto a los efectos donjuanescos, a ser entonces jugador del *Fe*, del *Habana* o del *Almendares*...

Por tanto, los *hurrah* que se daban entonces, y que con toda probabilidad fueron los primeros que se oyeron en Cuba, eran de pura cortesía. Tanto al empezar como al terminar un juego, los jugadores se saludaban con sus gritos, y, al finalizar, el club vencedor daba tres *hurrah* al vencido, vencido por desgracia; a lo que este correspondía de igual manera al invencible vencedor.

Sin embargo, parece que las cosas se fueron complicando rápidamente con el encono de la lucha, porque entre los recortes de mi padre yo he encontrado un pareado burlón que así cantaba una victoria:

*Con Luján y con Santana
el Fe choteó tres veces al Habana...
¡Ca, hombre, ca!...*

Hoy en día, el grito deportivo, conocido en Cuba por el nombre inglés de *cheer*, se ha complicado en su mecanismo y en su intención.

En cuanto a su intención, que primitivamente, como lo indica la palabra inglesa, fue de animar y aplaudir, hoy se ha extendido hasta tener en muchas ocasiones el objeto de deprimir al contrario y hasta de burlarlo.

Y en cuanto a su mecanismo, en el grito hoy entran elementos variadísimos que le dan una vida poderosa, a veces realmente impresionante, a veces una vivísima singularidad.

Por ejemplo, los muchachos de México, durante las competencias de voleibol celebradas en esta Olimpiada, se sentaron en las gradas formando una M simbólica, y poniendo cada uno los brazos en el compañero anterior, hicieron el movimiento natural del remero mientras cantaban el número de tantos que iban logrando en el juego. Así hicieron, por ejemplo:

«¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce... ¡México!... ¡Rah!...» Y rompieron la boga, como en un final de regata victoriosa, echando al aire los brazos con el puño cerrado por el júbilo.

¡Rah!, probable abreviatura de *hurrah*, es muy usada en las porras mexicanas. Pancho Contreras, contendiente del Pentalato, fue el jefe de las *porras* de México en estas Olimpiadas, y copiadas por él mismo son todas las que aparecen en este trabajo.

El nombre de *porras* que se le da allá a los gritos deportivos, según me explicaron, tiene origen interesante: En días de tremenda agitación política, allá, por los tiempos de Madero, los grupos enemigos andaban por las calles armados de porras con que pegar al contrario, y, naturalmente, al encontrarse, se armaba la gran algarabía. De ahí viene el que todo tumulto de gritos se le dé el nombre original y bien castizo de *porra*.

Las *porras* usadas por mexicanos en Cuba están llenas de vida, de movimiento y de color:

En primer lugar, el *Pos-pos-chie* o grito olímpico, que empieza con mucha fuerza en las dos primeras frases para terminar en el *allegro vivace*, está lleno de vigor y de confianza. Dice así:

¡Jula balú! Rah-rah!
¡Jula balú! Rah-rah!
Jurra-jurra pos pos chie-chie-chie
Pos pos chie... ¡Rah!
¡MÉXICO!

El *¡Raca chica bum!*, que es el grito especial para los Campeones de voleibol de Monterrey, y ahora de Centroamérica, es de los más decididos y victoriosos:

¡Raca chica bum!
¡Raca chica bum!
¡Raca chica bum; bum!, ¡bum!, ¡bum! ¡Rah!
¡MÉXICO!... ¡MONTERREY!...

Precisamente, durante la decisión de este campeonato de voleibol fue que los mexicanos, mal dirigidos por *Charlie*, según Contreras, dieron al aire un grito burlón para Cuba, y que está lleno de originalidad y de gracia.

Es así, con un movimiento ligero después de la primera frase:

¡Cuen lun! ¡Cuen lun!... ¡Gloria!...
¡A la cachi, cachi Porra!
¡A la cachi, cachi Porra!
¡Pon, pon, Porra!
(Silbido.) ¡Porra!
Tararí, tarará... tarará, tararí, tarará...
¡Cuba!

Como el *tararí* fue dado poniendo la voz afeminada, un grupo de muchachos de Cuba contestó con este grito grosero, generalmente usado entre nosotros:

Chungo, chungo, chungo...
Ove dea, ove dea, ove dea...
¡Ah!... ¡pi!... (Trompetilla imitando
un sonido mal oliente.)
¡Ah!... ¡pi!... (*Idem.*)
¡Cha... pi... nes!

Dos gritos de alegría, cuando el triunfo va caminando sin estorbos, son estos:

¡Chin, chin, chin!
¡Chau, chau, chau!
¡Chani moni, chani moni!...
Ja, ja, ja.

Este también usado algunas veces para alentar cuando ha habido alguna decisión equivocada y los jugadores se incomodan.

El otro grito es el 16, que se canta como acostumbran los niños en Cuba:

2 y 2 son 4
4 y 2 son 6
6 y 2 son 8
y 8, 16.

El de la *maquinita*, que es un *crescendo* imitando a una locomotora, como el empleado por los muchachos de la Universidad con esta palabra, dice así:

Tlachique-chiquihuite
Tlachicole con atole y con pozole
de verdad...
¡México!... ¡Rah!...

Finalmente, la *porra* de confraternidad que han usado con bastante frecuencia, poniendo el nombre de Cuba en vez del de México, es este, que tiene dos movimientos, el primero, en un *allegro*, que termina cuando empieza el «A la vía...»; el segundo, que es agresivo, coge el resto del grito:

Bucala cachucala
¡Cachín bon ba!
Bucala cachucala
¡Cachín bon ba!
¡A la vía, a la bao!
¡A la vin bom bang!
¡México! ¡México!...
¡Rah, rah, rah!

Los gritos de Puerto Rico, son menos originales y de mecanismo mucho más fácil. Este que sigue es idéntico a uno de Panamá. Es de alegría o burla y dice así:

Chi-ji-chi-ja
Chi-ja-ja-ja.
¡Puerto Rico!, ¡Puerto Rico!
¡Rah!, ¡Rah!, ¡Rah!

Este otro, con palabras inglesas, es el que, naturalmente, tiene menos puntos de contacto con los gritos de las naciones centroamericanas:

Rish-in-dashing
Rish-in-dash-ing
¡Zin-bum-ba!...
¡Puerto Rico!, ¡Puerto Rico!
¡Rah!, ¡Rah!, ¡Rah!

Y por último, tiene en Cuba uno muy parecido el

¡Sum-ba-ra-ca
Sum-ba-ra-ca
Sim-bum-ba!
¡Puerto Rico! ¡Puerto Rico!
¡Rah!, ¡Rah!, ¡Rah!

Los dos *cheers* más usados por los muchachos de Guatemala son estos dos:

¡Guatemala... lá!
Riga, riga, riga, ¡Rah!
Riga, riga, riga, ¡Rah!
¡Sin bon... ba!...
¡Rah!, ¡Rah!, ¡Rah!

Rita, pita, chapincita.
¡So lo la!
¡Guatemala! ¡Guatemala!
¡Rah!, ¡Rah!, ¡Rah!

De un atleta de Honduras, con la cara india todavía, recogí el grito nacional de ellos, que acaso sea el más bello de todos los dados en la Olimpiada, y casi con seguridad el más largo.

Dice así, combinando la biografía de su jefe temerario con los elementos propios del grito deportivo:

Lempi, Lempira, pira, Lempira, alante Lempira,
siempre Lempira,
Lempira va.

¡Chuqui raqui sun van va!
¡Chuqui raqui sun van va!

Siempre Lempira, alante Lempira
Lempira va.

¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!

Lempi, Lempira, pira, Lempira, alante Lempira,
siempre Lempira,
Lempira va.

¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!

El mismo atleta me contó, con un poco de rencor despreciativo para el español, como Lempira, «que fue el único indio con vergüenza» fue muerto a traición por los conquistadores... Por eso, porque siempre peleó delante, ellos lo gritan como símbolo de tesón y de fuerza.

Un corredor de Panamá me escribió estos dos, el primero, como uno de Puerto Rico, y el segundo, el más impresionante y complicado, en cuanto a elementos de efecto, de todos los dados en La Habana por los centroamericanos:

¡Chi-ji! Chi-ja!
¡Chi-ja-ja-ja!
¡Panamá! ¡Panamá!
Rah! Rah! Rah!
(Todos silban.)
¡¡¡Bum!!!
¡¡¡Ahhhh...!!!
(Todos se levantan.)
¡¡¡Panamá!!!...

En Cuba hay una infinidad de *cheers*, pues cada uno de los numerosos clubs deportivos que existen, suele tener varios, pero no todos se han empleado por los fanáticos durante la celebración de los juegos.

El de la *locomotora*, que usan los muchachos de la Universidad con esta palabra, es un *crescendo* a tantas veces según se acuerde, en que se va diciendo la palabra por sílabas, precipitándola hasta llegar a la última vez en que se dice de un solo golpe y con todo el pulmón.

Este se usó con la palabra *Cuba* durante un juego de beisbol contra Panamá. Fue así:

¡Cu.....ba!
¡Cu.....ba!
¡Cu.....ba!
¡Cu.....ba!
¡Cu.....ba!
¡Cu...ba!
¡CUBA!

El más empleado de todos por el público cubano ha sido el de *Cachumba*, que, con ligeras variantes, es conocido en todo Centroamérica.

Dice así:

¡Cachín, cachán, cachumba!
¡Cachín, cachán, cachumba!
(Silbido.)
¡Bumba!
¡A Cuba... le zumba!

El ofensivo y tremendamente turbador *cheer* del *Riquiticás*, por cuanto se da por un aire afeminado en la voz, y hasta acompañándolo con gestos viciosos, para nuestra culpa también se dio alguna vez durante los juegos. Es así, con un movimiento lento:

Riquiticás... cas... cas...
Riquiticás... cas... cas...
(El nombre de un país o de un jugador.)
¡Zas! ¡Zas! y ¡Zas!

El *Varsity*, el *cheer* más característico de los estudiantes, lleno de un gran entusiasmo victorioso, fue muchas veces usado:

¡A lo vivo ¡A lo vivo!
¡A lo vivo a lo vivo a lo bum!
¡Bum catarata piquiritaca, bum, bum!
¡Caníbal, caníbal, sin, bum, ba!
¡Varsity! ¡Varsity!
¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!
¡CUBA!

En el último juego del campeonato de baloncesto, un grupo de fanáticos dio al aire el olvidado grito de los *Manicatos*, tan en boga cuando en la Universidad abundaban lo que falta hoy: un indomable y viril impulso de rebelión.

Decía así, con algunas palabras indias taínas, según me aseguran:

¿Quién vive?
¡Caribe! ¡Caribe! ¡Caribe!
Ana carina roto
Manicato.
¡Macana! ¡Macaná!
¡Vi-va! ¡Vi-va!

Finalmente, el *¡joooyá!*, el más viril y ronco grito de guerra que se oye en Cuba; el que dan los fanáticos por acuerdo unánime y espontáneo en las horas de intensa emoción deportiva; el que deja la garganta desgarrada y la cara violenta, es el grito de los *tigres* del «Glorioso Anaranjado» y está íntimamente ligado a las primeras victorias internacionales de Cuba, cuando vinieron a luchar contra los defensores de la bandera negro-anaranjada, los *elevens* de las universidades americanas del sur: Tulane, Mississippi, Georgia, Florida...

El *¡joooyá!* grita así en un movimiento apresurado y frenético:

¡Joooyá! ¡Joooyá! ¡Joooyá!
¡Cachún, cachún, rah, rah!
¡Cachún, cachún, rah, rah!
¡Joooyá! ¡Joooyá!
¡CUBA! ¡CUBA! ¡CUBA!

Ni de Costa Rica ni de Jamaica, ni de El Salvador pudimos recoger los gritos para este trabajo.

La Habana, Segunda Olimpiada de Centroamérica.

CAPÍTULO I*
EL CONCURSO DE *ORBE*

El lector y yo, triunfadores en aquel famoso y oportunísimo concurso de la revista *Orbe*, consistente en averiguar cuál era, matemáticamente, la mejor manera de emplear en Cuba cinco mil pies de sogá, todos los faroles del Prado y... —¡nada más, nada más!— hemos regresado ya a bordo del «Cuba» de nuestro viaje a Los Ángeles adonde fuimos para ser testigos especiales, con todos los gastos por cuenta de *Orbe*, de las próximas Olimpiadas...

El lector y yo tenemos que reconocer antes que nada, que tuvimos una suerte tremenda, porque todo el mundo acertó aquel rompecabezas facilísimo que propuso esta revista, y fue necesario que en un sorteo salieran nuestros nombres los primeros, para poder participar del espectáculo maravilloso.

Estas van a seguir en varios números sucesivos de *ORBE*, no son en realidad otra cosa que mis «Memorias de Viaje», y las publico —acompañadas de las interesantísimas fotografías que obtuve allá— sólo porque en esta revista se han empeñado en pagármelas, y en estos momentos, una de las horas más solemnes de todo individuo es la de cobrar algo...

* *Orbe* [La Habana], año I, no. 17, 3 de julio, 1931, pp. 20-21.

El viaje

El viaje fue maravilloso. El lector y yo pasamos ratos contemplando los panoramas enormes: ¡El mar, el cielo, la tarde, la noche, el sol, el viento!... Y pasamos también horas llenas de interés y de filosofía: aquellas en que después de estar examinando las calderas poderosas y trepidadoras, en un ambiente negro, denso y sofocado salíamos a cubierta huyendo de aquella sensación de humana debilidad humillante, que nos producía el formidable escenario de hierro... Y al salir, el mar inmenso rodeaba el buque de entrañas rudas y este sólo parecía entonces una hormiguita ahogándose en un palanganón lleno de agua... ¡Qué miseria!... Y el lector y yo nos mirábamos...

Fueron también horas plenas de ironía, reconfortante como el vermouth, las en que, después de estar presenciando los ejercicios de los atletas, llenos de músculos y de empuje, marcados por el sudor, como estatuas en bronce y en mármol, toda aquella impresión de fuerza y poderío estrictamente humanos se borraba de golpe, cuando una ola, dura como si fuera el casco de un mulo, le daba una patada al barco por las costillas y lo viraba en peso, con una queja larga... (¿Y cómo no acordarme aquí de aquella vez en que un golpe de viento le arrancó el sombrero al lector y lo dejó ridículo, asustado y calvo bajo el brillo del sol?...)

Después vino el viaje por los ferrocarriles americanos, en los que hombres negros no pueden ir junto con los hombres blancos, tanto por prejuicio de razas, por odio hacia el individuo que ya no puede ser explotado por lo menos de manera legal...

Dos hormiguitas

El lector —ya es hora de que lo presente, Feliciano— y yo, sin saber más inglés que el olvidado del Instituto, cada uno con un maletón enorme bajo el brazo, reconocemos que no hicimos el viaje exentos de un miedo especial, nada parecido al de los ladrones y al de los fantasmas, que infunde el panorama desconocido y casi desconocido e inesperado, a pesar de las fotografías del largo desfile de ciudades, de ríos, de llanuras y de montañas, todo grande-grande. Aunque sólo sea una vez más, tenemos que decir, que al mirarnos al espejo nos extrañaba no vernos con caras de hormiguitas...

Es inútil que yo hable de la impresión que nos produjo Los Ángeles... Estas ciudades americanas siempre parecen, como si cada cual se hubiera dispuesto ha hacerlas por su cuenta, pero siguiendo todos el mismo plan.. En fin, que es algo raro que no se puede decir...

Por ejemplo: una vez, para mirar la hora, tuve que ir subiendo, con la vista, hasta un piso 28. Eran las doce y cuarto, y si en aquel momento se zafa el minutero, tan largo como tres hombres y tan pesado como cincuenta mujeres, mata lo menos a cien americanos y dos cubanos ¡Y luego se habla tanto de la previsión de esa gente!...

Un estadio

Feliciano y yo acostumbrados a gritar en el Víbora Park, en el Ferroviario, en Almendares Park y hasta, de vez en cuando, en el estadio de la Universidad —cuando hubo Universidad en Cuba, desde luego—, al entrar, en compañía de Guillermo Pi, Sergio Varona, Joe Massaguer, Lillo Giménez, Coronado y Galiana, en aquella cosa gigantesca, casi nos atemorizamos.

Porque no había lugar a dudas. Aquello era un estadio. Era un estadio, es decir, algo enorme, aplastador, abierto y extendido. La pista, perfecta, con los *pits* para saltos, círculos para los lanzamientos y rayas blancas de la cal, limitando las líneas de *foul*, daba en total, vista desde los últimos asientos, la idea de un dibujo de geometría de vanguardia que podría firmar muy bien Carreño.

Al lado de aquello, el picuismo de Feliciano evocó, con su cultura de bachiller en Ciencias y Letras, el Coliseo de Roma. Esto fue lo que dio origen a nuestra primera discusión, pues a mí me molestan singularmente las citas históricas que hace todo el mundo, y además, entre nosotros, el Coliseo, que como Feliciano sólo conozco por fotografías, me desagrada de manera especial. Aquello duro y pétreo, rígido y eterno, y por lo tanto muerto, es incapaz de dar la sensación de un lugar en el que la agilidad del músculo reina con poder absoluto. Aquella pesadez de piedra parece como si obligara al espectador a estar perpetuamente serio, a aullar sólo cuando lo hacía el Emperador, y ofrecer los saludos a la manera teatral y antipática de Cicerón y sus émulos. Yo estoy seguro de que no me hubiera divertido allí.

No hubiera podido ofrecerle a ningún gladiador una alusión familiar —un tanto pintoresca...

En cambio, ¡cómo se entra en este estadio de Los Ángeles! Parece como que uno llega a la casa, tira el sombrero sobre la silla y pregunta, con un apetito fenomenal, cuando está la comida... El cielo pasa por arriba, blanco y azul, y los cien mil fanáticos abajo hacen ruido, escupen, mascan chicle, andan en camisa y no saludan a nadie... De vez en cuando, el viento levanta la falda corta de una americana y se puede ver el gallardete rosado de un *bloomer* fresco... ¡Quién pudo verle nunca los *bloomers* a una romana!...

El desfile de atletas

Yo lo siento por los poetas y por los patrioterros, pero la verdad es que un desfile de atletas, tal como se hace hoy no es ni siquiera pintoresco, a veces —muchas—, es hasta ridículo. Hay atleta, de canilla flaca, que luce igual como si se levantara de noche en calzoncillos y camiseta; otro, gordo, parece una comadrona; otro, largo flaco, semeja él solo un salto alto, un garabato aéreo... Y además, la sonorrea de los himnos... Todo el mundo en pie, serio e imponente, escucha la lata de los himnos amigos, unas veces parecidos a charanguitas y otras de una fiereza guerrera que da espanto. Generalmente, mientras más grande y poderoso es el país, más lento

grave y ceremonioso, dormido y hasta llorón es el himno. Saltan los ejemplos a la vista... En cambio de pronto pasa la bandera de Santo Domingo o de Cuba, y uno se despierta asustado, creyendo que por ahí viene Atila desbaratando cráneos... ¡Y en esto pasan cuatro atletas!...

¡Viva Cuba Libre!

Cuando pasó la bandera de Cuba, Feliciano y yo enron-quecimos de júbilo dando vivas a Cuba Libre, olvidando momentáneamente que estábamos en los Estados Unidos de Norteamérica. Gritamos tanto, tanto que, ahora, al recordarlo, me acuerdo también del famoso cuento de George D'Esparbes, «Las trompetas...» Efectivamente, ya los muchachos nuestros estaban doblando la curva lejana de la pista, y nosotros seguíamos gritando: ¡Viva Cuba Libre!... ¡Viva José Martí!... ¡Viva Antonio Maceo!... ¡Que vivan los estudiantes!... Pero ya esto último no se pudo tolerar. La gente que nos rodeaba nos estaba contemplando con mucho de asombro, y esto nos daba nuevos alientos, cuando al dar el grito de «¡Vivan los estudiantes!», un policía gigantesco nos agarró por los hombros y nos sacó arrastrando de las gradas, mientras los americanos se reían un poco a lo Chaplin... Cuando estuvimos fuera, las reflexiones lógicas nos hicieron comprender, claramente —¡oh! la dialéctica materialística— los motivos de aquella brusca expulsión. ¡Hay tantos ejemplos en política!

Y menos mal que al día siguiente pudimos entrar, que gracias a esto podré irles contando a los lectores de *ORBE*, lo que vimos en el resto de la Olimpiada.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU
(Ex jugador de rugby)
Estadio de Los Ángeles

CAPÍTULO II* EL FINAL DE LOS 100 METROS

Un Niágara de hombres

Cuando Feliciano y yo llegamos al estadio la tarde en que se iba a correr los cien metros, sentimos, antes que nada, y al vernos envueltos en una oleada de hombres y mujeres, gesticulantes y gritadores, la impresión de que estábamos en un naufragio.

Ríos de hombres bajaban y subían las gradas. Exclamaciones rudas se oían, a veces, al paso de un perfume de mujer; y, de pronto, como en una guerra a flechazos, pillos, igual que aquí, hacían bajar y cruzar sobre la amplitud de la pista, chiflidos electrizantes y agudos, como las puntas de los pararrayos.

Frente a las taquillas, cadenas de espectadores se prolongaban por cuerdas: eran los que no habían sentido el heroísmo de ir a coger el puesto la noche anterior; y por las puertas innumerables, a chorros, se metía el público hablando, los cien idiomas inverosímiles que sólo pueden oírse en una olimpiada: japonés, noruego, ruso, persa...

* *Orbe* [La Habana], año I, no. 18, 10 de julio, 1931, pp. 26-27.

Asombrados ante multitud tan heterogénea y extraordinaria, sobre un escalón de las gradas nos pusimos a ver pasar la gente: tres turbantes indios, uno altísimo, se nos perdieron de vista, detrás del morrión enorme y napoleónico de un alumno de la escuela militar, vestido de gala y que iba acompañado de dos colegialas lindísimas; a este, enseguida nos lo tapó un vendedor de refrescos, con un cesto de metal a la cabeza; a este, dos tipos de sacerdotes de levita larga, que en el acto fueron seguidos por un grupo de policías, pasando detrás de él tres muchachas con tipo de *flappers* y un «botones», con su gorrita de cazuela, que caminaban mirando hacia atrás, con asombro satisfecho. Mareados ya de seguir con la vista a los que nos pasaban por delante, miramos hacia el mismo punto que ellos, y vimos que se acercaba un hombre alto, de hombros anchísimos, feo y simpático, que acompañaba a una mujer maravillosa. «¡Eh, Jack!» —gritó una voz alegre y joven—. El hombre hizo ademán complacido de saludar hacia arriba, y al bajar el brazo, cuando pasaba frente a nosotros, tropezó sin querer con la cabeza de Feliciano, le tiró el sombrero al suelo y haciéndole perder el equilibrio vino a caer en el próximo escalón de las gradas, en donde con mil excusas lo abrazó el hombrón aquel que se alejó enseguida con la mujer maravillosa y estupenda...

Pero el incidente había sido visto y con la típica confusión de los estadios, de las gradas altas, como una avalancha de agua, un Niágara humano bajaba haciendo un ruido atronador y tan terrible que daban ganas de huir. Eran mil hombres y muchachos que corrían saltando para ver la pelea, mientras el resto del público se ponía en pie, con un clamor inmenso...

Nos vimos envueltos en gritos, insultos y empujones, y cuando se despejó todo un poco, gracias a la policía, y el público volvía a ocupar sus asientos, entre burlas y comentarios supimos que nada menos que Jack Dempsey le había dado una trompada a Feliciano, por haber tenido el cubanísimo atrevimiento de meterse con la hermosa estrella de cine que lo acompañaba... Y una ovación profunda y enorme saludaba al formidable ex boxeador, que acabada de pedirle perdón a mi amigo...

Los quintos de segundos

Al fin nos pudimos colocar en un lugar excelente, pues la suerte nos había llevado hasta la misma línea de llegada. En la pista, a los lados, casi un centenar de fotógrafos acribillaban desde todos los ángulos el hilo blanco del final de los cien metros, y encaramados en torres de madera, y sobre el techo de los automóviles, veinte *cameramen* con sus aparatos, recorrían en círculo las gradas. Los jueces, con su distintivo olímpico y sus pantalones cremas, se movían por la pista, cruzaban por el campo y voceaban por los megáfonos. Los altoparlantes del radio resonaban roncós, como borrachos, tiempos, nombres de atletas, instrucciones a los jueces y anuncios de refrescos, de automóviles y de filmes...

Caímos nosotros en un grupo absorto, casi religioso. Era el de los fanáticos de reloj, los que llevan su cronómetro y libro de récords al lado. Miraban impacientes hacia la línea de salida y casi ni hablaban. Nosotros nos contagiábamos con ellos y Feliciano se puso a hablarme de Pepe Barrientos y del papel que hubiera hecho allí. De vez en cuando, un atleta, levantando las rodillas martilleaba el carbón de la pista, y se lanzaba a correr 15 o 20 metros a velocidad de tren. Un experto decía entonces: «Ese es McFarland, de Pennsylvania; debe clasificar. Ayer hizo 10:3:5 en las eliminaciones preliminares...» Luego pasaron Adams, de Inglaterra, Williams, de Canadá y Fitzmaurice de África del Sur, juntos, en una marcha larga y ágil. Según el experto, los tres habían cronometrado extraoficialmente, 10:4:10. Los músculos de las piernas y muslos, cuando se despojaron de los pantalones de lana, brillantados por el sudor, hacían aparecer [sic] a los atletas, como si fueran desollados de estudios anatómico-pictóricos. No había allí una onza de grasa.

Seis telegramas

En un segundo dado, los radios se callaron, el estadio entero se levantó en silencio, con un rumor enorme de resaca, y la pista se quedó vacía. Iban a comenzar los semifinales: seis hombres, allá, en la línea de arrancada, estaban de pie. Otro, detrás, pasada una fracción de segundo, levantó un arma, se hizo un humito y sonó el estampido del tiro... Ya venían, desesperados y fulminantes, los seis hombres. Increíblemente juntos pasaban por todos lados; eran como seis telegramas vistos a cámara lenta, pasada muy rápidamente. Llegaron, y la cinta se rompió a la vez por tres lados. Yo no sé quién ganó, porque no me gusta cometer injusticias. Creo que todos llegaron primero, pero el radio dijo, entre ovaciones y gritos, que había ganado Sid no sé cuántos, americano.

Con otro grupo se repitió la misma fantasmagórica ceremonia, y a este, le siguió otro más. Los vencedores de primero y segundo lugar pasaron a ser finalistas.

El final de los 100 metros

Feliciano estaba indignado. Ningún muchacho de Cuba había logrado llegar a las últimas eliminaciones: «Las mujeres, viejo, las mujeres» —decía. «Ni Carlos Prío que era mi última esperanza.» En lamentaciones, se fue aumentando la tarde, hasta que por fin llegó el momento espeluznante en el que se iba a decir quién era el hombre más veloz del mundo, durante cuatro años.

Volvió a verificarse el mismo ritual, y esta vez, al ver a aquellos hombres arrodillarse, no sé por qué me asaltó un pensamiento religioso: el de que se postraban ante el altar de una diosa verdadera: la Diosa de la Velocidad, Señora del Aceleramiento y del Vértigo... Ante ella se arrodillaron, rítmicos, los sacerdotes de tendones de acero, y la nubecita de humo los cogió ya, frenéticos y galopantes, pasando por ante un público delirante y convulsivo... «¡Mc... Mc...!», gritó uno... ¡Pero allí todos eran Mc!...

No me cabían en la pupila aquellas seis caras desesperadas ni aquellos seis cuerpos tensos y rabiosos. Fueron creciendo como monstruos, y cuando en un salto de fieras, con las caras furiosas, rompieron la cinta, era un trueno interminable y hondo, lleno de gritos agudos, como pájaros, lo que retumbaba en el estadio pleno.

Los altoparlantes dieron al ganador pero fue imposible oír nada. Luego yo me enteré por los periódicos quién había ganado: Fitzmaurice, que rompió el récord oficial del mundo.

Allí sólo pude ver, segundos después, cómo aquellos hombres, poderosos y relampagueantes, que acababan de pasar con las caras llenas de un anhelo casi feroz, volvían con la incertidumbre de quien habría ganado, retratado en el rostro un cansancio como de vejez. En sólo poco más de diez segundos, habían terminado con una preparación enojosa y dura de tres meses largos, para que alguno de ellos, a lo mejor el mejor, quedara en último lugar, a tres centímetros del ganador que todo lo había hecho en el tiempo en que un conductor me pica a mí la transferencia para seguir a Mariano...

CAPÍTULO III*
PEDRADAS A CÁMARA LENTA

Las pelotas de fango

Feliciano y yo, en toda la noche anterior no habíamos podido dormir, porque en el hotel en donde estábamos, hasta por la madrugada estuvo andando un baile monstruo, con borrachera y todo, a pesar de la prohibición, y al que asistimos por pura curiosidad para ver a tanto americano gordo y grande, vestido de smooking y tanta americanita ágil y esbelta, todos con gorritos extraños y ridículos y armando una algarabía estruendosa, desconcertante y casi selvática, con pitos, copas y mesas, al paso que, por otro lado, mil zapatos nuevos y brillantes se movían como una ola presa, con un rumor penetrante y prolongado, que a alguna distancia lo hacía asemejar como el contrabajo de una orquesta de instrumentos gigantescos.

Por estas razones excepcionales, llegamos casi antes que nadie al estadio, con una especie de bruma soñolienta en los ojos, y con el humor disgustado de los días que siguen a las grandes borracheras. Necesitábamos, para salir de aquella especie de postración, el *shock* violento de una emoción intensa y brava; por ejemplo: presenciar la carrera de los 400 metros.

Pero nos fuimos a sentar frente por frente a la zona de lanzamiento del *shot put*, y pronto empezamos a ver a una treintena de gigantes, igual que si fueran pilletes de barrio, ponerse a tirar, como con desgano, unas pelotas grandes y brillantes, que tan pronto parecían quesos, de esos buenos para rellenar con pollo, como bolas de fango hechas con tierra colorada del Vedado.

Para aburrirnos no había cosa mejor si ya no lo estuviéramos por anticipado.

* *Orbe* [La Habana], año I, no. 19, 17 de julio, 1931, pp. 30-31.

Las quince copias de Hércules

De pronto, una ovación cerrada y prolongada nos puso en sobresalto. Todo el Estadio se levantó en peso. Se aplaudía a un grupo de hombres excepcionales que venían por la pista. Algunos traían la bala de 16 libras casi como si fuera una pelota de beisbol. Uno, gigante entre gigantes, la tiraba al aire, a cuatro o cinco metros, cambiándola de mano a mano. Un grupo le dedicó un *cheer* tumultuoso: era un estudiante de California del Sur.

Cuando este grupo de atletas llegó frente a nosotros, las ovaciones se reduplicaron, al cabo supimos que eran los supervivientes de unas eliminaciones casi homéricas, y que aquellos hombres podían todos, en un buen día, lanzar el peso alrededor de los cincuenta pies. Seis de ellos habían pasado de esta marca, demasiado lejana para toda Centroamérica.

Al comenzar a quitarse los pantalones de lana, pudimos disfrutar de un espectáculo estupendo para sacar de él una copia fotográfica y ponerla como propaganda en los pomos de cualquier jarabe contra la anemia.

Feliciano, con su erudición histórica, empezó a hablar de los atletas griegos, de Ajax, de Telamón y su combate con Héctor, de Diego García de Paredes y su memorable combate a pedruscos en el campo de Barletta... En su enumeración vino a detenerse en Hércules y su

estatua farnesiana. Efectivamente, aquellas estatuas de árboles, aquellos brazos de cables de acero, aquellos hombros y espaldas como paredones y aquellas cabezas firmes sobre los cuellos tendinosos, daban la sensación de que la tierra cedía un poco al paso de los dos quintales de músculos. Parecían, de veras, quince estudios, hechos por quince escultores distintos, sobre la figura del Hércules Farnesio.

¡Si aquellos quince hombres se pusieran a tirar rítmicamente de una soga, serían capaces de arrancar el Capitolio nuestro...

Pensando en esto, no sé qué alientos de empresario me entraron de momento...

Dormidos sobre las gradas

Comenzaron las pruebas. Quince por tres: total cuarenta y cinco pruebas de lanzamiento que se iban a verificar frente a nosotros. A nuestro lado, muchos fanáticos sacaron una libreta y un lápiz y se dispusieron a ir anotando las marcas que radiaran los altoparlantes, comparándolas con las de las primeras eliminaciones.

Dio comienzo un joven rubio, gigantesco y sonriente, que con una elegancia montañosa, de cíclope bien educado, se situó dentro del círculo, con rítmica perfecta levantó la pierna tres veces en busca de la mano izquierda extendida, y al fin, con una facilidad de salón, desprendió la bala, que fue a caer en una suave parábola, a los 50 pies 8, 3/8 pulgadas...

Vino enseguida un finlandés altísimo, nervioso, casi eléctrico, que moviéndose como una máquina disparó la bala casi en línea, igual que un *pitcher*, hasta los 50 pies 9 y 1/8 pulgadas. Una gran ovación cruzó por arriba de él, premiándolo, mientras, sin atender a ella recogía el *sweater* del suelo para cubrirse el brazo, sentándose luego en la yerba.

Un hombre-mulo, recogió del carboncillo una bala, se plantó en el círculo, y sin elegancia ninguna la tiró al aire... Y en el aire parecía que pesaba una tonelada... No sé por qué se me ocurrió que si se le ocurre pasar por el camino a un elefante, le fractura tres costillas... Al fin cayó, casi como una plomada, en los 51 pies 3 y 4/8 pulgadas. Tremenda ovación... Un viejo americano de espejuelos, dijo a mi lado: «Mejoró una pulgada su lanzamiento de ayer.»

Así empezaron a desfilar gigantes por el círculo; a repetirse pruebas, y a cantar los altoparlantes, pies, pulgadas, octavos, nombres de atletas y récords, al paso que las ovaciones se iban haciendo menos intensas hasta llegar a hacerse ridículas, como pasa en los repartimientos de premios a fin de curso en los colegios, en que, dejándose para el final a los más sobresalientes, apenas alcanzaban unas cuantas palmadas de los familiares infatigables...

El ver cruzar y cruzar la bala de bronce por frente a nosotros en un espacio tan pequeño, acabó por hacernos el mismo efecto del cuento infantil «Salí de México un día camino de Santa Fe, y en el camino encontré un papel que así decía: salí de México un día camino de Santa Fe, y en el camino encontré un papel que así decía: salí de México un día camino de Santa Fe...» ¡45 veces no hay quien resista esto, ni tampoco 45 lanzamientos de *shot put!*...

Por eso, nos produjo un sobresalto tremendo el sentir en la parte de los fondillos un fresco repentino y desusado... Baldeaban el estadio, y de las gradas altas, como cascadas de arroyuelos, bajaba el agua sucia de polvo y de 148 5/8 salivazos...

Ya en la calle, mientras nos secábamos con disimulo los pantalones, pensamos en la ira que le produciría a un fanático de Alemania el saber que mientras un atleta de su país ganaba por una pulgada y 2/8 el lanzamiento monótono, como un péndulo, el *shot put*, Feliciano y yo dormíamos sobre las gradas la borrachera de la noche anterior, y a despecho del jazz band de gritos que redoblaba continuo en el estadio...

CAPITULO IV*
A GALOPE SOBRE LA PISTA

La erudición de Feliciano

La tarde en que se iban a correr los obstáculos —las vallas, como les dicen en Suramérica—, Feliciano me apuró para que no fuéramos a llegar tarde «a la fiesta». Aquel era su evento. Un sobrino de él corría esta emocionante competencia por el *team* del Instituto y con ese motivo se había ido pertrechando de entusiasmo y de erudición sobre la misma. Por lo pronto, llegó a conocer fácilmente los nombres y las hazañas de los mejores corredores de Cuba, desde Sanjurjo hasta Halley Franca, pasando por Pitirre Fuentesfría y El Espiritista Suárez. Después, siempre avanzando, supo los nombres y las mejores *performances* de los grandes atletas del mundo, y su boca convertida en fuente de un paseo público, vomitaba sin cesar, cuando llegaba la ocasión, todos los nombres famosos: Lord Brughley, Taylor, Earl Thompson, Anderson, Wennstrom, Weightman Smith, Record, Rockaway y cien más que tenían tiempos anotados en los libros de récords. Era un gozo oírlo. Se alteraba con fogosidad, se ponía rojo y satisfecho y consumía un tabaco en la mitad del tiempo reglamentario. Por eso, cuando se le presentó la oportunidad casi inesperada de ver correr juntas a todas las más grandes estrellas del mundo, casi se volvió loco de contento y desde entonces no estuvo pendiente de otra cosa que de la fecha para los finales de los obstáculos. No era extraño, pues, que me obligara a ir con él para llegar de los primeros al gigantesco «Coliseum», ocupando enseguida, en la primera fila, un lugar frente a la misma línea de llegada. Poco después llegó un americano alto, rubio y fuerte y se nos sentó al lado.

* *Orbe* [La Habana], año 1, no. 20, 24 de julio, 1931, pp. 30-31.

Tremenda discusión

El estadio se fue llenando de hombres y de ruido, como un estanque gigantesco al que le va entrando el agua, y casi simultáneamente fueron saliendo atletas a la pista con treinta banderas distintas en el pecho. Todos, como si fueran locos o maniáticos, se ponían a hacer gestos extraños y desordenados. Unos levantaban las rodillas y estiraban luego el pie en punta, con rapidez relampagueante; otros se ponían a dar vueltas sobre una sola pierna, como si fueran bailarinas clásicas; otros daban cortas carreritas y tiraban al aire algo que no se veía y otros escarbaban en el suelo de la pista haciendo hoyos, como si estuvieran buscando tesoros escondidos...

Feliciano empezó a conocer a muchos. Dijo que un muchacho fuerte, de pelo rebelde y aspecto un poco agresivo, que practicaba por el otro lado de la pista, era nada menos que Dick Rockaway, quien en el año 1929 había roto el récord del mundo en las 220 yardas... Otro, altísimo y muy flaco, quien aun a la distancia mostraba unas piernas hechas de cables, era, según él, Steve Anderson que había corrido en más de una ocasión los 110 en igual tiempo que Wennstrom, a quien no reconocía entre los que estaban por allí. El americano que estaba a su lado le señaló entonces al sueco famosísimo, y entró enseguida en una animada conversación

con él discutiendo las posibilidades de los distintos contendientes. Todo parecía indicar que aquel americano era también «un toro» en la materia, por la seguridad y maestría con que hablaba de la «forma» de los distintos corredores, y de los tiempos que habían cronometrado en los *heats* eliminatorios y en los semifinales. Feliciano estaba aterrado y molesto por la superioridad que le había mostrado aquel americano que tan correctamente chapurreaba el español, y como suprema esperanza se remontó a la historia, su legítimo fuerte, empezando una serie de relatos que comenzó a rebatir con documentación estupenda el americano. La discusión se fue animando hasta llegar a hacerse casi violenta, cuando Feliciano se puso a sostener que el tiempo hecho por Earl Thompson en una de las eliminaciones de las Olimpiadas de París el año 24, había sido más bajo que el que obtuvo al triunfar en los finales. Como según parece, estaba completamente seguro de lo que afirmaba, no quería aceptar lo que le decía su interlocutor sobre la gran estrella del Canadá. Ya estaba yo a punto de intervenir para evitar que el americano se incomodase por la vehemencia ya molesta de mi amigo, cuando aquel, como último y definitivo recurso, mientras algunos de los que nos rodeaban se reían con entusiasmo casi delirante, esgrimió él de que estaba hablando con Earl Thompson en persona....

El americano de al lado, no era pues americano...

Los preparativos

Después que a Feliciano se le pasó la vergüenza del estupendo papelazo que había hecho, hizo gran amistad con Thompson, que resultó ser un tipo muy simpático y modesto, dedicado ya al trabajo de *coach* en una Universidad del Dominio. Él nos notificó que la próxima competencia sería una de las más reñidas en la historia del *track*, tanto que, aunque había hecho una escrupulosa selección para un Servicio de la Prensa Asociada, como especialista en la materia, en privado no se atrevía a dar un ganador, considerando que Steve Anderson tenía un *chance* si lograba una buena arrancada.

Estaba la emoción, como si fuera una señora de mucha importancia, sentada e inmóvil, ocupando todo el estadio. Los obstáculos de 3 con 6 ya habían sido colocados sobre la pista en una alineación perfecta, resaltando la blancura virgen de los mismos con el color gris del carbón. Algunos de los hombres seleccionados revisaban «su camino» obstáculo a obstáculo, asegurándose de que no estaban mal colocados. Otros saltaban dos o tres seguidos, estirando inverosímilmente los muslos y piernas. Otros caminaban la pista por los costados y al llegar a cada barra la medían en una especie de gimnasia del salto. Al fin empezaron las llamadas a los atletas por los radios parlantes y megáfonos y todo el mundo se puso en pie con diez minutos de anticipación.

Los caballos

Seis hombres, altos y flacos todos, como si hubieran sido estirados por un aparato de tormento, se colocaron en la línea de arrancada y a la voz del *starter*, se arrodillaron con algo de ladrón que se oculta para dar una sorpresa... Efectivamente, todos, con una unanimidad que los honraba, intentaron «robarse la arrancada» buscando el quinto de segundo de ventaja que lleva sin remedio posible a la victoria, y cuando el humito del disparo formó la pequeña nube en fuga hacia arriba, ya se habían disparado hacia el primer obstáculo... Dos disparos seguidos los llamó [sic] de nuevo hacia atrás, mientras todo el estadio sufría una especie de síncope cardíaco resuelto en gritos y exclamaciones internacionales.

No hubo penalidad por haber sido común la falta y después de un rato que pareció interminable, el disparo sonó de nuevo, iniciando los atletas una carrera desesperada que parecía una fuga a juzgar por las caras descompuestas y casi despavoridas que ponían. El sol brillaba en lo alto, hacia la espalda de los atletas competidores y sus sombras galopaban delante de ellos

sobre la pista, desesperadamente también y como si hicieran esfuerzos brutales por no ser alcanzadas por ellos...

Los hombres-caballos galopaban por frente al público, que rugía en una emoción torturadora, y a cada salto de las vallas, sus sombras caían sobre la pista iniciando una fuga de gestos grotescos y violentos. El salto: uno, dos; tres pasos enormes y el salto otra vez. Todo con una rítmica perfecta y precipitada que los iba llevando, casi parejos hasta el final. Un salto más. Seis hombres en el aire y seis sombras en la pista. Cuarenta mil sombreros y gorras agitando nerviosamente el espacio. Cien mil gritos tratando de alcanzar a los corredores y de empujarlos hasta la cinta blanca, que al fin fue rota por el pecho de un hombre que parecía un pulpo de tan largas, flacas y musculosas como tenía las cuatro extremidades. Steve Anderson había ganado el derecho a llegar a la última prueba, con un tiempo estupendo de récord del mundo, lo suficiente para asustar a los competidores más fuertes.

El hombre y la sombra

Después, se repitió la misma emoción en la siguiente semifinal, y todo volvió a ser igual en la última carrera que al fin ganó, como esperaba Earl Thompson, el propio Anderson que rompió el récord olímpico igualándolo con el del mundo.

Pero la realidad es que, como estas crónicas sólo vienen a ser el recuerdo de mis emociones, el resultado de aquella competencia no es lo que más me impresionó. Aunque fuera otro evento, y se desarrollara en otro día, todo esto lo digo yo al final de los 400 metros con obstáculos, cuando un atleta, en un esfuerzo doloroso, recorrió toda la recta final de la pista, como un loco obsesionado de su sombra que le huía por delante, y al fin, entrando en tercer lugar, desmayado ya, al cruzar la línea de llegada se le tiró arriba y la cubrió en el suelo aplastándola con la bandera de su país...

«Así es como se lucha por la patria», comentaba Feliciano a nuestra salida del estadio...

CAPÍTULO V*
LOS RECUERDOS AZULES

La melancolía desordenada turista del espíritu, había asaltado a Feliciano. Tendido sobre el *chaise longue* de nuestro cuarto, había pasado toda la mañana. Yo lo observaba y al verlo distraído y como si tuviera en fuga todos sus pensamientos, llegué a la conclusión de que el escenario exótico y precipitado en que estábamos viviendo resultaba ya para él cansado y monótono. Sin duda el recuerdo de Cuba lo invadía. Hombre exaltado y vehemente, me extrañaba sin embargo, que el teatro de emociones vivas e intensas en que estaba convertido el «Coliseum» de Los Ángeles, y al que nosotros no faltábamos nunca, no contribuyera con toda la fuerza que era de suponer, a embargar de manera total los pensamientos de un fanático casi exasperado, como lo era Feliciano.

Hablando con él, así se lo di a conocer y entonces me dio la estupenda explicación. Aquella tarde se iban a verificar los *broad-jumps*, los, como los llaman en Cuba, «saltos largos con impulso», y era precisamente ese evento, el que tenía para él recuerdos más insólitos. Por eso, como él mismo lo dijo: los «recuerdos azules» habían acudido a cinematografiarle el pasado, en aquella tarde en que estando en el estadio de la Universidad presenciando las competencias de la Unión Atlética de Amateurs tuvo la magnífica aventura que terminó de manera dramática. Todo fue así: La enorme cantidad de público que aquella tarde acudiera a las pruebas finales, le reservó la oportunidad de quedar demasiado junto, materialmente pegado a una mujer, casada ya, y que había sido antes su novia, más o menos lírico-rascabucheable...

* *Orbe* [La Habana], año I. no. 21, 31 de julio, 1931, pp. 30-31.

Estupendamente beneficiada por el matrimonio, Feliciano «cubicó» el *chance* que la suerte le había ofrecido y no perdió tiempo en floreos y por la manera como se fue «al fondo de la cuestión» sin titubear, se merecía mejor que nadie el cargo de Presidente del Supremo, cuando se vaya a renovar este organismo...

La aventura no terminó, no obstante, como lo piensa el lector, sino con una tremenda paliza a bastonazos, que alborotó todo el estadio y puso en mal estado la cabeza de mi compañero de viaje...

Por eso es que aquella mañana, pensando en las competencias de por la tarde, Feliciano recogido en el recuerdo de su aventura, estaba melancólico, como un pollo mojado por la lluvia.

Dos representantes de la prensa

Un incidente favorable vino a ponernos la tarde magnífica y sin riesgo de que se repitiera la oportunidad de recibir estacazos.

Al entrar al estadio y presentar nuestro carnet sacado por *Orbe*, el portero nos confundió con dos periodistas extranjeros y nos hizo pasar por otro torno, que nos abrió el camino de la pista. Apenas desembocamos al terreno, fuimos saludados

efusivamente por representantes de la prensa de varios países: húngaros, alemanes, franceses, noruegos, etcétera, etcétera. Tuvimos pronto la suerte de encontrarnos con Aramis del Pino y Jess Losada y guiados por ellos, pudimos representar bastante bien el papel de dos especialistas en cuestiones de *sport*, y hasta nos dimos el gusto de ser presentados a varios de los más conocidos cronistas deportivos de los Estados Unidos, honor que constituye uno de los orgullos más altos de Feliciano.

La vanidad, combustible del triunfo

Es preciso, alguna vez en la vida, situarse en un campo de competencias atléticas, o subir a un *ring* de boxeo, para pasar por una serie de emociones únicas en la vida. Cuando nosotros nos vimos en el centro de aquel embudo gigantesco, algo como un susto, un azoramiento creciente, nos invadió. Como si los horizontes del mundo se perdieran en las gradas circulares, llenas de hombres y de gritos, nuestra vista no lograba pasar más allá en su recorrido. Poco después una emoción gratísima vino a suplir nuestro miedo inicial: la conciencia clara e indubitable de que éramos el centro de las miradas de todo el estadio. Nunca en nuestra vida habíamos recibido semejante homenaje, reservado tantas veces, sin embargo, a los caballos de las carreras... No puedo precisar cómo fue que esta idea me trajo inmediatamente la de comparar a Feliciano con Man O'War, Exterminator y Gallant Fox, los tres grandes vencedores del *turf*... Feliciano era superior a ellos en inteligencia, decoro y vergüenza, y en cuanto a la velocidad, con coger un automóvil, como diría Brisbane, podría también aventajarlos fácilmente; sin embargo el universo entero había oído hablar de ellos y no conocía a mi amigo. ¿A qué se debía ello? Al factor económico, amigo —pensé—, pues mientras ellos producen miles de pesos, Feliciano es incapaz de ganar más de cien pesos con su máquina de escribir...

De estas reflexiones filosóficas vino a sacarme una enorme ola de aplausos: era que venían, con la solemnidad correspondiente a sus méritos y fama. Los atletas que habían ganado el derecho a disputar los finales del *broad-jump*. Saludaban complacidos, pero sin efusión, como por pura cortesía, sabedores que se merecían esos aplausos y la admiración del mundo. Todos esos —me dijo mi amigo— desconocen quién fue Lenin y quién es Einstein. Yo, viendo aquellas caras radiantes, firmes y seguras de sí, pensé, igual que un filósofo de no sé cuál escuela: la vanidad es el gran combustible del triunfo.

Los aeroplanos

Allá fuimos nosotros con el grupo de expertos, y a poco Feliciano pudo sacar unas cuantas fotos maravillosas, de hombres por el aire, convertidos en aeroplanos, en bólidos gesticulantes, con las caras contraídas, los dientes apretados y los brazos y las manos rígidas por el esfuerzo.

Era un grupo heterogéneo de hombres, algunos de los cuales, de piel negra, habían hecho un grupo aparte. Todos estaban cubiertos con pantalones de lana gruesa, cuidadosos de sus piernas, como cualquier gran violinista de su Stradivarius o Guarnerius. A cada salto, volvían pronto a sentarse en la yerba y algún masajista acudía enseguida a darles un corto y doloroso masaje, repasándoles músculo a músculo toda la perfecta anatomía, como si fueran verdaderos motores de aviación a los que hubiera que ajustar con sumo cuidado todas las piezas. Una falta incomprensible de interés, por lo que los otros estaban haciendo, daba aún más semejanza a aquellos hombres con los aviones de una escuadrilla militar.

Los «corsarios» de persecución

Nosotros, cansados de estar tanto tiempo de pie, nos acostamos en la yerba, mirando en la dirección en la que venían los saltadores. Fue una fortuna más que tuvimos esa tarde, pródiga en aciertos para nosotros, porque puestos allí, casi en posición de espías en acecho, pudimos disfrutar del espectáculo en su esencia verdadera, lo que nunca habíamos podido realizar. Después de la experiencia de aquella tarde yo propondría que cuando se fuera a celebrar ese evento, se permitiera a todos los fanáticos acostarse sobre la yerba, para presenciar de veras, el vuelo de los atletas bajo el espacio.

Midiendo con escrupulo geométrico los pasos, para ver la manera de evitar el desastroso resultado de los *foul*, al tocar la marca del salto, los finalistas comenzaron sus pruebas. Los anotadores expertos comenzaron a anotar nombres, pies y pulgadas, mientras que en la gran caja de arena, después del impulso vigoroso de las piernas eran vencidos por la implacable ley de la gravedad, los atletas iban cayendo, con un último esfuerzo violento por ganar unas pulgadas. A su rápido y galopante deslizamiento por la pista estrecha, los acompañaba una sonora y brava vibración del aire, revuelto en tanto grito y tanto *cheer*. Tendidos sobre la tierra, a la mitad del vuelo pasaban por nuestras cabezas, con los brazos abiertos como dos alas, el brillo al sol de las púas de los zapatos, y un ronco hipo del aliento expulsado por la violencia del impulso, y todo los hacía aparecer, a mi imaginación en busca eterna de símiles, extraños avatares de inverosímiles monoplanos...

Las «marcas» saltaban rotas con los saltos sucesivos. En el aire, puestas de frente, pulidas y brillantes por el sol, las púas de los zapatos de *track*, aparecían agresivas y agudas, como las dentaduras de los tiburones. Como fenómeno extraño contrapuesto a la sensación de fuga por el aire que daban los atletas, casi todos tenían una cara angustiada por llegar a la tierra, como si temieran no volver nunca a ella.

La nube negra

Ed Hamm, que llevaba orgullosamente el escudo de los Estados Unidos sobre el pecho, ya había recibido ovaciones formidables y aplastantes, cuando en su último salto, con un esfuerzo de ave herida, que intenta pasar la laguna, había logrado pasar más allá de los 25 pies y 11 pulgadas...

Todo el estadio se estremeció.

Yo no estaba conforme, me sentía disgustado con aquel triunfo. La «nube negra», vino a devolverme la alegría de la tarde.

Cator, un negro de Haití, brillante como una estatua, realizaba su última prueba. No había estado en una de sus tardes más felices, impresionado quizás por el rumor de enemistad con que el público enorme, blanco y casi todo norteamericano, acogía sus esfuerzos. Pero esta vez, lleno de vigor sobrehumano y sobreponiéndose a todo el escenario hostil, la «nube negra» había cruzado con un aire de tormenta el cajón de arena, a la altura de un hombre... El estadio se levantó en peso y se quedó en un silencio imponente y temeroso... El negro haitiano, emocionado y radiante se quedó al lado del medidor esperando la marca... El megáfono cantó enseguida y sin ganas: 26 pies 1 y 2/8 pulgadas. Récord del mundo.

Antes que nadie le di yo un abrazo, mientras las gradas se desalojaban descorazonadas y lamentando la suerte de Hamm.

Un negro había derrotado a su más alta esperanza.

El estudiantado cooperó a la lucha contra Machado. En premio a ello, se han obtenido títulos «al galope»; matrículas gratis, «bajo el látigo», y autonomía universitaria larga y difícil, como una decisión «por una nariz».

Pero lo que costó menor esfuerzo, fue obtener que los campos de *sports* de la Universidad y el estadio merecieran una amplia sonrisa presupuestal. Dentro de poco, el estadio será el doble y la pista mejor que antes.

Como premio a la revolución se lo merece el atletismo universitario...

Nombres hay que salvan del olvido para siempre a la falange de la Universidad. Mella, Hidalgo, Trejo... los que han muerto. Sobrevivieron a sus luchas otros cuantos, pero, ¿dónde están los del fútbol, los *fives* de baloncesto, las novenas de peloteros, los relevos de corredores en la revolución? ¿Qué se hizo de tanto atleta poderoso que no apareció por ninguna parte? El comentario no es nuevo. Más de una vez mereció el juicio despreciativo durante los años de mayor actividad. Hubo inclusive quien no solo no prestó cooperación alguna al movimiento estudiantil, sino que, no teniendo ya lugar en la Universidad, se fue a buscarlo a otro lado. Es conveniente recordarlo.

Los atletas, en términos generales, sólo le sirvieron a la Universidad para ganar medallas de oro. Cuando los necesitó para esfuerzos más notables no pudo contar con ellos.

Hoy se les preparan nuevos y abundantes beneficios a los futuros campeones de la enseña roja, y, aunque siempre he sido un entusiasta de los deportes y tengo fe en su excelencia en distintos órdenes, pienso que ese dinero, *ha podido emplearse mucho mejor en prepararle alojamiento* a los estudiantes pobres, que no tendrán tiempo ni alimentación para practicar los deportes y que sí sufrieron en todo su rigor las consecuencias de las luchas contra Machado.

* *Polémica*, año I, no. 2, 15 de mayo, 1934.

DYCKMAN OVAL: META PARA LOS ATLETAS CUBANOS*

Se levanta un estadio...

Allá, por el *speed way* del Harlem River, después de pasar el *polo ground*, se levanta un estadio. Febrilmente, los hombres trabajan en él para ampliarlo, para darle mayor comodidad y capacidad. Será tan grande y tan bueno como el propio estadio de la Universidad de La Habana. Unas quince mil personas podrán contemplar desde sus asientos, los juegos de beisbol o fútbol, y más de 25 000 asientos recibirán a los espectadores que quieran disfrutar de los *matches* de boxeo o de lucha que en él se ofrecerán en breve.

Los hombres trabajan febrilmente. Se levantan torres de acero, se funde el cemento en los encofrados. Se conectan las luces para las iluminaciones de los juegos nocturnos. Se terminan todas las obras accesorias. El estadio debe estar listo para recibir el 26 de mayo a los New York Cubans, en su primer juego en Manhattan, en el *schedule* de la National Association of Negro Baseball Clubs, que viene a ser, dentro de la pelota de color, una organización de preeminencia similar a la de las Grandes Ligas Nacional y Americana.

Y el estadio se completa día a día bajo la mirada vigilante y entusiasta de *mister Pompez*. (Y *mister Pompez* no es otro que aquel empresario cubano, que un día, en el 1916, se lanzó a la aventura y llevó un *team* de peloteros a Puerto Rico, tomándole tanto gusto al negocio que desde entonces apenas si ha dejado de preocuparse por todo lo relativo al beisbol cubano y sus posibilidades económicas.)

*Escrito en abril de 1935 en Nueva York. Fue enviado a la revista *Carteles*, de La Habana, pero no se publicó. Tomado de: Pablo de la Torriente Brau. *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 314-318.

Beisbol cubano en Nueva York

Es una cosa curiosa. Mientras en La Habana, año tras año, fracasan los intentos de un buen beisbol criollo, que a la vez sea productivo, Nueva York, desde hace tiempo, viene disfrutando de largas temporadas de magnífica pelota cubana. Sin embargo, más que nunca van a ahora a darse los cubanos en Nueva York el gusto de presenciar beisbol de altura y en terreno adecuado.

El Dyckman Oval, situado en la Décima Avenida y la calle 204, es un terreno magnífico que tendrá, por el *right field*, 365 pies y más de 500 por el *left*.

Él será el *home club* de los New York Cubans, que tendrán que enfrentarse con contrarios del calibre de los Brooklyn Eagles, de Brooklyn; los Elite Giants, de Detroit; los Newark Dodgers, de Newark; Cole's American Giants, de Chicago; Homestead Grays, de Cleveland; Philadelphia Stars, de Filadelfia y Pittsburgh Crawfords, de Pittsburgh, todos los cuales integran la famosa Liga de Color ya nombrada.

Para hacerse una idea de la calidad de estos clubes, los fanáticos cubanos encontrarán suficiente información al saber que casi todos los grandes peloteros de color que han estado en Cuba, durante los últimos años, figuran en esas novenas. Así, en el as [sic] juegan Lundy y Charleston y Warfiels y Duncan y otros más, de los conocidos, a parte de refulgentes estrellas que nunca han ido a Cuba y que se encuentran en carrera ascendente, tales como el colegial

John Taylor, un *pitcher* de 19 años, a quien los Yankees tuvieron que dejar por ser de color, y que jugará con los cubanos, y Lefty Page, el negro de Detroit, considerado por la mayoría de los grandes críticos de beisbol como el mejor *pitcher* del mundo, superior a Grove, Dean, Hubbell y Vernon Gómez...

Mas la novena cubana hará un espléndido papel en el campeonato. Los que saben un poco de pelota aseguran que nunca ha habido en los Estados Unidos tal conjunto de peloteros cubanos. El que quiera adquirir una noción exacta de lo que serán los New York Cubans, que lea el siguiente cuadro:

(Copiar el cuadro que se adjunta)*

Tiene el *team* una pujanza extraordinaria en el *batting*, en el *pitching* y en el *fielding*. Y, en cuanto a «estampa», casi puede asegurarse que ningún otro *team*, ni siquiera en las Mayores, podrá comparársele. Tiene un promedio de peso de 174 libras y otro de estatura de 5 pies 11 pulgadas. Es un verdadero *team* de gigantes. Martín Dihigo, tan alto como el campeón del mundo de boxeo, será el capitán de una novena cubana que se dará el pisto de vestir uniformes tan lujosos como los que visten los más conspicuos *teams* de las Grandes Ligas...

El día 4 de mayo debutarán en Chicago, después de una breve *tournee* por el sur, y el 25 estarán de regreso en Nueva York para inaugurar el Dyckman Oval, en cuyas reformas se ha gastado Pompey más de \$70 000.00 y que dispondrá de un equipo eléctrico, para juegos nocturnos, el primero en la isla de Manhattan, que inundará el terreno con la potencia lumínica de 210 000 voltios...

Poles, aquel famoso Poles que, jugando por el Fe, conquistó el *champion bat* de Cuba, hace ya algo más de tres o cuatro años... será el *umpire* principal del campeonato. Todavía está tan negro como entonces, y sigue teniendo la misma sonrisa cordial y modesta que tantas simpatías le conquistó en Cuba, hace algo más de tres o cuatro años...

* El original que se conserva no incluye el texto de este cuadro.

Boxeo, lucha, fútbol, baloncesto

Pero Pompey, el empresario cubano de Nueva York, rodeado en su oficina del número 200 West, de la calle 135, por sus enormes peloteros, muestra con facilidad un dinamismo que explica sus ambiciosos planes. Mientras enseña el modelo de ómnibus especial para el traslado de su *team* a las distintas ciudades del circuito y saca de sus cajas los lujosos uniformes de los New York Cubans, habla de otras aspiraciones...

Él está asociado a un grupo de promotores de los más importantes de Nueva York, y el Dyckman Oval se utilizará como ring para muchas importantes peleas en el verano y para campeonatos de lucha. Y aun espera obtener algo más Pompey. Espera poder traer pronto algún buen *team* cubano de baloncesto, que es uno de los deportes que con más rapidez está evolucionando hacia las posibilidades comerciales; y aun el mejor *elevens* de fútbol que se pueda conseguir allá, entre nosotros...

Parece innecesario hacer resaltar todo lo que significará para los atletas cubanos, el Dyckman Oval, en pleno Nueva York, bajo el control de un cubano que se ha impuesto por su tenacidad, astucia y conocimiento del deporte.

El boxeador que, efectivamente, valga algo, tendrá ahora más oportunidades y lo mismo el pelotero. Y, si llegara a cristalizar el viaje de un *team* de fútbol o de un *five* de baloncesto, pronto se harían notar en Cuba las ventajas del choque con enemigos los más poderosos y perfectos que se nos pueden ofrecer.

Ya hay en Nueva York, un lugar para la lucha y el triunfo de los atletas cubanos de esforzado corazón.

La suerte criolla

Después del más cruel y tenaz invierno que recuerda Nueva York, que durante dos meses consecutivos vio cómo los termómetros no subían del punto de congelación, y la nieve perduraba hecha fango helado en las calles más transitadas, y paisaje polar en los parques y los techos, parece que, al fin, la primavera se decide a traer su aliento de vida, su respiración solar, y los árboles, más tarde que nunca, empiezan a cubrirse de botones, y los viejos y los niños ya van a los parques a coger un poco de la paradójica, pero real, sombra del sol.

En medio de esta pereza de la primavera, Dyckman Oval, el *polo ground* cubano, ha tenido una suerte excepcional. Allí, la blancura de la nieve desapareció antes que en ningún otro lugar de Nueva York, y, como consecuencia, la yerba ha empezado a cubrir el terreno, cuando en otros sitios ni esperanzas hay de ella aún. «Pura suerte criolla», ha dicho la gente, pero Pompey, el Tex Rickard tropical de este *polo ground* cubano, que es el Dyckman Oval, como hombre a quien la experiencia de la vida le ha enseñado que la suerte es más suerte si se la ayuda un buen poco, todo lo ha ido preparando desde el invierno de manera tal que Dyckman Oval será el primer escenario de importancia que tendrá en esta ciudad su majestad el beisbol, y sus New York Cubans, que el año pasado tuvieron una estupenda novena con la que por pura casualidad no conquistaron el campeonato, en esta nueva temporada aparecerán sobre el terreno, con uniformes tan lujosos como los anteriores, y con el mismo espíritu agresivo que les valió la estimación de los fanáticos, aparte, naturalmente, de toda suerte de refuerzos y de recursos.

*Escrito en Nueva York el 1º de abril de 1936. Tomado de: Pablo de la Torriente Brau. *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 356-362.

El *polo ground* cubano

Dyckman Oval puede ser considerado el *polo ground* cubano de New York. Se ha hecho con esfuerzo cubano y es el *home* de los New York Cubans, uno de los *team* más poderosos que pudieran hacerse en Cuba, con jugadores de todos los tiempos.

Dyckman Oval está por cerca de Van Cortlandt Park, próximo del lugar donde el *subway* de la Séptima Avenida se transforma en elevado, por la calle 215. Y es un estadio amplio, abierto a plena luz, con capacidad para unas quince mil personas, y preparado para recibir una muchedumbre de más de 25 000 almas en los casos de partidos de fútbol o *matches* de boxeo. Allí, cuando un bateador «decide» dar un jonrón, tiene que botar la pelota a más de 365 pies por el *right field* y a más de 500 por el *left*... Allí, Babe Ruth, retirado ya entonces, a fines de la temporada que pasó, en una práctica botó a la calle catorce pelotas, consecutivamente... Allí, en las gradas se hablan todos los idiomas de Nueva York, es decir, del mundo, y en el terreno se confunden jugadores blancos y negros, como en Cuba. De vez en cuando, de los altoparlantes desagua un sabroso son bien bongosero, mientras en las cornisas del estadio, alternando, flotan, la bandera de Cuba, y la bandera que algún día tendrá Puerto Rico. Esto, como homenaje de simpatía a los boricuas, que constituyen la mayor colonia hispanoparlante de Nueva York.

La mentira de un refrán

«Cualquier tiempo pasado fue mejor», dice en tono refranescos el poema inmortal de Jorge Manrique, y la gente, siempre como la forma más fácil de criticar lo presente, se apoya en él con cierto dejo melancólico y fatalista.

Mas cuando se ve el Dyckman Oval, amplio y luminoso, y se piensa que es el *home club* de un *team* cubano, el refrán se viene abajo al simple recuerdo de tantas novenas que en el pasado, incluyendo los inolvidables Cubans Stars, tuvieron que andar de ciudad en ciudad y de terreno en terreno, «cazando» juegos para ir comiendo e ir dando a conocer la calidad estupenda de nuestros peloteros. Hoy, el *polo ground* cubano no sólo es *home club* de los New York Cubans, sino que también ofrece magníficas facilidades para otros *teams* de peloteros cubanos, los que, sobre todo por las noches —y es necesario decir que Dyckman Oval es el mejor terreno nocturno de New York—, tienen chance de celebrar juegos, los que, el año pasado, reportaron gran beneficio por la asistencia de un público ya habitual.

La realidad es que en la cristalización de esta obra, la suerte ha entrado por muy poco, y, si como he comentado antes, un refrán ha resultado mentiroso, en cambio hay que estar de acuerdo, en este caso, con aquel otro que reza: «Al que madruga Dios lo ayuda...»

Un Tex Rickard de bronce

Porque es necesario reconocer que Alejandro Pompey, «madrugó» en todo esto del beisbol. Según cuentan viejos fanáticos, él fue el primero que sacó un *team* de pelota cubano a jugar a Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela, y más tarde por estos mismos Estados Unidos, por donde desde entonces ha vivaqueado, fijando al fin su residencia en la inmensidad indiferente de Nueva York, la meca de todos los aventureros del mundo, cementerio de locas esperanzas, en donde muchos artistas que creían tener talento —¡y a lo mejor lo tenían!— terminaron en lavaplatos, oficio al que los cubanos, sin perder su proverbial buen humor, frente al fracaso rotundo que siempre impedirá el regreso, han calificado con el irónico calificativo: «¡Está imprimiendo discos!»

En este mundo ha triunfado Pompey, por ser un Tex Rickard de bronce, mas no sólo por la piel, sino por la tenacidad incansable en el esfuerzo. Su secreto estuvo en esto, en persistir y, sobre todo, en que tuvo el talento de [comprender] que a esta ciudad no se la podía conquistar, sino ajustándose a ella, borrándose en ella. Porque aquí el secreto consiste en flotar, en dejarse arrastrar por la bárbara corriente y aprovecharse de los recodos que tiene, sin tratar de enderezarla, porque eso es problema para luchadores y apóstoles precursores, pero no para un promotor de beisbol. Así lo adivinó Pompey, que sin ambiciones ante la posteridad, estudió las debilidades de Nueva York y de los neoyorquinos y les sacó tan gran provecho que bien puede decirse que casi han pasado a segundo plano, en sus especulaciones comerciales, las actividades beisboleras. Porque en una ciudad tan grande, muy grande han de ser sus puntos flacos. Y sólo por eso, un hombre singular puede pasar aquí de promotor de novenas volantes a propietario de terrenos, a opulento señor de Harlem, con máquina nueva cada año y ropa de corte inglés.

Los New York Cubans del 1936

Pero la figura de Alejandro Pompey, que bien puede desfilarse por una novela de Nueva York, no es lo importante en este artículo, sino su obra conectada con el gran pasatiempo americano.

El año pasado, los New York Cubans tuvieron una novena formidable, que después de un mal comienzo, debido a la falta de *team work*, finalizó de manera espléndida y a punto estuvo de conquistar el campeonato de color de los Estados Unidos.

Este año, los New York Cubans, bajo el mando de Dihígo, ha estado entrenándose en Jacksonville y se espera que desde el comienzo darán una muestra de su gran calibre dentro de

la Eastern Colored League, en la que los más fuertes *teams* de color de Pittsburg, Filadelfia, Detroit, Brooklyn y New York contendrán por el campeonato.

La Prensa, de Nueva York, ha recogido la noticia de que Pompez, para asegurar a su *team* el mayor *chance* por el campeonato, se ha gastado diez mil pesos en la compra de jugadores. Este dinero, en su mayor parte, ha sido para obtener los servicios de la famosa batería Brewer & Young, considerada tan buena que si fuera blanca no habría casi dinero para comprarla. Además, el *team* tendrá dos caras nuevas: a Bragañas, el *pitcher* cubano del Aztecas, de México, y al dominicano Vargas, a quien los fanáticos llaman Tetelo, que será una indiscutible atracción de taquilla, ya que se le anuncia como el humano más veloz del diamante. Y aparte de estas cosas nuevas, la gruesa y tremenda artillería de Tiant, Salazar, Oms, Correa, Silvio Guerra, Santaella, el dominicano Martínez y los americanos Stanley, Thomas, Spierman, Duncan y Taylor, y como capitán el gran Dihígo, cuya inverosímil versatilidad como jugador, cuya capacidad lo mismo para tomar el lugar del *catcher* o *pitcher*, o jugar cualquier posición del cuadro o de los files, maravilla tanto a los americanos como su poderoso brazo y su omnipotente *batting*.

Con esta novena, que ya tiene, además, fama de agresiva y que es un imán para los fanáticos, Pompez espera que sus New York Cubans conquisten el campeonato.

Y con ello, su fama crecerá por Harlem casi hasta igualar a la del famoso «Father Divine»... Que por algo mucha gente cree más en sus «milagros» que en los que pueda hacer este descomunal «Fidencio» americano.

New York, 1, 4, 936.

CONTENIDO

Al lector / 5

Prólogo. Víctor Joaquín Ortega / 7

C2D. Caballo dos dama / 23

Páginas de la alegre juventud / 41

¿Qué pasó en las Olimpiadas habaneras? / 62

Las Olimpiadas Centroamericanas / 64

Los discóbolos / 81

Los «gritos» de la Segunda Olimpiada Centroamericana / 88

«Recuerdos» de la próxima Olimpiada

 Capítulo I / 101

 Capítulo II / 108

 Capítulo III / 114

 Capítulo IV / 119

 Capítulo V / 126

Deporte y Revolución / 134

Dyckman Oval: meta para los atletas cubanos / 136

Un *polo ground* cubano en New York / 141